

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

JUAN PABLO II

16 de octubre de 1978 – 2 de abril de 2005



«¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! A su potestad salvadora abrid los confines de los estados, los sistemas económicos y políticos, los amplios campos de la cultura, la civilización y el desarrollo. ¡No temáis! Cristo sabe “qué hay dentro del hombre”... ¡Sólo él lo sabe!»

RAZÓN DEL NÚMERO

La revista CRISTIANDAD se ofrece a todos sus lectores, en esta emotiva ocasión, como escaparate en el que presentar una muestra de la ingente labor apostólica del gran pontífice Juan Pablo II, fallecido el pasado día 2 de abril. Estamos todavía conmovidos por la muerte de un papa tan santo, que se ha entregado en alma y cuerpo a la Iglesia. CRISTIANDAD se siente deudora de tan prolongado y fecundo magisterio.

Nuestra revista asume como tarea propia ser altavoz del Magisterio pontificio. Apenas hace un año habíamos dedicado un número monográfico a la celebración del XXV aniversario de este pontificado.

En la obligada selección de tan amplio magisterio hemos elegido los temas más próximos al espíritu y razón de ser de esta revista, que tiene por lema «al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María». Como dice uno de nuestros colaboradores, la devoción al Corazón de Jesús forma parte esencial del pontificado de Juan Pablo II, y recibe su culminación en el más profundo e íntimo conocimiento de su Divina Misericordia.

El padre Orlandis nos enseñó de modo particular a poner el énfasis de nuestra tarea en lo sobrenatural, lo único verdaderamente efectivo en el orden de la total salvación del hombre. Es precisamente lo sobrenatural lo que sabía transmitir Juan Pablo II. «El éxito humano» conseguido por Juan Pablo II obedece, en realidad, a que ha sabido presentar a los hombres el amor de Dios.

Se ha hablado mucho estos días de la personalidad del «papa Wojtyla», pero una mirada verdaderamente atenta a la eficacia de su apostolado no puede menos de descubrir detrás y más allá de la persona «mediática» al sucesor de san Pedro, depositario de la fe, que ha sabido decirle al mundo: fuera de Cristo no hay otro nombre por el que seamos salvados. Y por la intercesión de su Madre la Virgen María.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Augusta Gràfics, S.L. - D.L.: B-15860-58

«CRISTIANDAD» CON EL PAPA



Francisco Canals Vidal, acompañado de su esposa, en el ofrecimiento de un volumen encuadernado de CRISTIANDAD a Su Santidad (22 de noviembre de 1989).



Josep M. Mundet, director de CRISTIANDAD, y su esposa, en una audiencia en el Vaticano (28 de julio de 1999).



Pedro Ochoa —secretario de la Fundación Ramon Orlandis i Despuig—, su esposa Ana Rodríguez —administradora de CRISTIANDAD—, y sus hijas, con el Papa en Castelgandolfo (31 de agosto de 1988).

«Parlo a l'uomo nella sua umanità»

FRANCISCO CANALS VIDAL

¡Hablo al hombre en su humanidad! Con estas palabras, dichas en tono enérgico y gesto decisivo, inició el papa Juan Pablo II una de sus primeras homilías hablando a la multitud de fieles reunidos en la plaza de San Pedro y a los millones de hombres que le veíamos y oíamos por televisión. Las he recordado siempre y tampoco he olvidado la sorpresa que, ya en aquel momento, me produjeron. Recordadas ahora, dejan entrever el estilo y la actitud que serían ya constantes en toda su tarea apostólica de Vicario de Cristo, que había de ejercer durante veintiséis años.

El Evangelio es el mensaje de la salvación que viene de Dios misericordioso para el hombre. Este mensaje anuncia que Dios, «rico en misericordia», ha enviado a su Hijo como «Redentor del hombre», y por él nos ha enviado el don de su Espíritu, «Señor y Vivificador». Para que los hombres abriesen sin miedo las puertas a Cristo sintió su vocación de apóstol centrada en la urgencia de anunciar que lo que Dios nos ha enviado por su Hijo encarnado, hecho hombre por nosotros los hombres y para nuestra salvación, trae a los hombres su liberación del mal y del pecado, el Camino único por el que se da al hombre su felicidad, el bien de ser hecho hijo de Dios y con él toda plenitud humana. Lo que el Evangelio anuncia como venido de Dios nos lo anuncia a los hombres, y nos anuncia que es para nosotros.

A las tres grandes encíclicas sobre la Trinidad divina en su dispensación salvífica siguieron la encíclica sobre la Madre del Redentor y la exhortación apostólica sobre el Custodio del Redentor. Viene a la memoria el lenguaje tan frecuente en siglos anteriores que a la Trinidad eterna añadía la Trinidad terrena: José, imagen y partícipe del Padre, a quien León XIII llamó «Padre de Cristo»; Jesucristo, el Hijo de Dios; y la Virgen María, Inmaculada, la Madre del Hijo de Dios encarnado.

Del documento sobre san José, señalemos dos puntos: se inicia con la afirmación de que si la Iglesia volviese de nuevo a contemplar al Patriarca esposo de María superaría siempre el peligro de perder la conciencia de su identidad, ya que la identidad de la Iglesia se descubre a la luz de la Encarnación redentora. El documento no termina con la clásica bendición pontificia, sino con la plegaria dirigida a san José, suplicándole que bendiga a la Iglesia «en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Si a algún creyente «con celo de Dios pero no según ciencia», como los que san Pablo denunciaba, le parece de un humanismo antropocéntrico el estilo de Juan Pablo II en el anuncio del mensaje de Dios para los hombres por Cristo, le será fructuoso leer a san Agustín, que trata (en la *Ciudad de Dios* XI, 2), de Cristo como Mediador entre Dios y los hombres:

«Para que el hombre tuviera en el Hombre Dios el camino hacia el Dios del hombre. Este es el Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús. Es Mediador en cuanto Hombre, y por esto mismo es también Camino. Porque si entre aquel que tiende y aquel a quien tiende media un Camino hay esperanza de llegar... Este es el Camino defendido plenamente contra todo error: que él mismo sea Dios y Hombre: adonde se va es a Dios, por dónde se va es el Hombre».

En la Escritura se invoca a Dios como «Dios de Israel, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», y se da al Hijo de Dios encarnado el título de «el Hijo del Hombre». San Agustín puede llamar a Dios «el Dios del hombre». Y el apóstol Pablo (*Ad Titum* 3, 4) afirma que, en la obra redentora, «se muestra la benignidad y el Amor a los hombres —*filantropía*— de Dios, nuestro Salvador».

Juan Pablo II ha sentido y ha cumplido la vocación de ser apóstol de esta «filantropía» del Dios del hombre. Si en estos días experimentamos (en elogios entreverados e inmersos en censuras, a veces de orientación blasfema) la compleja reacción de algunos de nuestros contemporáneos, también resplandece y se muestra universalmente este apostolado que revela la misericordia de Dios para la humanidad.

La humanidad contemporánea fue tentada de dar la espalda a Dios por ingratitud al don divino, por rechazo soberbio del divino Amor a los hombres realizado en la Encarnación y la Muerte redentora por la que el Mediador nos ha merecido el ser hechos hijos de Dios y ser uno con él en su Cuerpo, que es la Iglesia. Pero en el impacto mundial sin precedentes, y humanamente inexplicable, que ha seguido a la muerte de Juan Pablo II brilla la fructificación de su carisma pontificio. También brilla, «como la luz en las tinieblas», la incoherencia de todo aquello que, en la compleja reacción mediática, muestra insinuaciones o abiertas acusaciones que quieren mostrar como inconsecuente con el amor a la humanidad la

proclamación de la ley divina con toda la exigencia de los bienes humanos que en ella se contiene. Por esto oímos insistentemente el tópico de que es contradictorio un papa valiente, anunciador de la dignidad del hombre, de sus derechos y de sus anhelos de plenitud y felicidad humana, que proclame con insistencia la vigencia perenne de la doctrina católica.

A quienes no se sitúan en la perspectiva evangélica (desde la que sentirían la ley y la gracia como conducentes a la recepción de todos los «bienes humanos» a que nos ordenan la economía divina en la creación de nuestra naturaleza y su divinización por la misión de Cristo y el Don del Espíritu) les parece opuesto al bien humano lo dispuesto por la economía divina en su designio amoroso hacia los hombres. Por esto pueden propugnar, con desorientación aberrante, como algo positivo y humanizante la monstruosa deformación del matrimonio, gozosa comunidad de vida y de fecundidad, por la contracepción y por el aborto, el definitivo atropello de la vida humana por la eutanasia o la deshumanización de la sociedad humana por el olvido y la negación de Dios en la vida de familia, en la educación, en la cultura y en todas las actividades humanas.

Todo el pontificado de Juan Pablo II habla en nombre de Dios al hombre «para que no tema al mundo», aquel mundo de que hablaba Cristo: «En el mundo tendréis tribulación, pero tened confianza, yo he vencido al mundo». «¡No tengáis miedo!»: venido para el Reino de Dios, Cristo no se encarnó

para condenar, sino para salvar al mundo. «¡Abrid las puertas a Cristo!»: Juan Pablo II ha querido hacer sentir a los cristianos y a todos los hombres el divino llamamiento de quien vino para que tengamos vida abundante.

La vocación universal a la santidad, a la que se ordenan y sirven los carismas y los ministerios, y las más singularmente eminentes operaciones, mensaje central del Concilio Vaticano II, Juan Pablo II ha querido hacerla brillar en los santos, y en él hemos tenido un papa que, en veintiséis años, ha decretado beatificaciones y canonizaciones en mayor número que en toda la historia anterior de la Iglesia. ¿No tendríamos que ver en este hecho una «señal» misteriosa y esperanzadora de la «nueva evangelización», a que tantas veces nos ha convocado, y para la que ha querido que nos dispusiera la contemplación de la santidad viviente en la historia humana?

El anuncio de la misericordia divina hacia los hombres resplandece en las aludidas canonizaciones y beatificaciones: san Claudio la Colombière, sobre cuya tumba depositó el Papa su carta dirigida a la Compañía de Jesús recordando el «encargo suavísimo» de ser apóstoles de la devoción al Sagrado Corazón; santa Faustina Kowalska, cuya acción profética fue asumida por Juan Pablo II en la fiesta de la Divina Misericordia; las beatificaciones de Pío IX y de Juan XXIII; la proclamación del doctorado de la Iglesia de santa Teresa del Niño Jesús.

Encíclicas de Juan Pablo II

Redemptor hominis

(4 de marzo de 1979)

Dives in misericordia

(30 de noviembre de 1980)

Laborem exercens

(14 de septiembre de 1981)

Slavorum Apostoli

(2 de junio de 1985)

Dominum et vivificantem

(18 de mayo de 1986)

Redemptoris Mater

(25 de marzo de 1987)

Sollicitudo rei socialis

(30 de diciembre de 1987)

Redemptoris missio

(7 de diciembre de 1990)

Centesimus Annus

(1 de mayo de 1991)

Veritatis splendor

(6 de agosto de 1993)

Evangelium vitae

(25 de marzo de 1995)

Ut unum sint

(25 de mayo de 1995)

Fides et ratio

(14 de septiembre de 1998)

Ecclesia de Eucharistia

(17 de abril de 2003)

Testamento espiritual del papa Juan Pablo II

6.3.1979

Totus tuus ego sum

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

«Velad, porque no sabéis el día en que vendrá nuestro Señor» (cf. Mt 24, 42)- estas palabras me recuerdan la última llamada, que tendrá lugar en el momento cuando el Señor lo quiera. Deseo seguirle y deseo que todo aquello que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento. No sé cuando sucederá, pero como en todo, también en este momento me pongo en las manos de la Madre de mi Maestro: *Totus tuus*. En las mismas manos maternas dejo todo y Todos aquellos con los que me ha relacionado mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, y también a mi nación y a toda la humanidad. Agradezco a todos. A todos pido perdón. Pido también la oración, para que la Misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad e indignidad.

Durante los ejercicios espirituales he releído el testamento del Santo Padre Pablo VI. Esta lectura me ha impulsado a escribir el presente testamento.

No dejo detrás de mí ninguna propiedad de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano de las que me sirvo, pido que sean distribuidas como parezca oportuno. Que se quemen los apuntes personales. Pido que don Estanislao, a quien agradezco su colaboración y la ayuda tan prolongada a lo largo de los años y tan comprensivo, vigile esto. Todos los demás agradecimientos, en cambio, los dejo en el corazón delante de Dios mismo, porque es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones, que dio el Santo Padre Pablo VI (nota marginal: el sepulcro en la tierra, no en un sarcófago, 13.3.92). Sobre el lugar, decida el Colegio Cardenalicio y los connacionales.

*«apud Dominum misericordia
et copiosa apud Eum redemptio»*

Juan Pablo PP. II

Roma, 6.III.1979

Después de la muerte pido santas misas y oraciones

5.III.1990

* * *

[Hoja sin fecha:]

Expreso la más profunda confianza en que, a pesar de mi debilidad, el Señor me concederá toda gracia necesaria para afrontar según su voluntad cual-

quier tarea, prueba y sufrimiento que quiera requerir de su siervo, en el curso de la vida. Tengo también confianza que no permitirá jamás que, mediante alguna actitud mía: palabras, obras u omisiones, pueda traicionar mis obligaciones en esta santa Sede Petrina.

* * *

24.II- 1.III.1980

También durante estos ejercicios espirituales he reflexionado sobre la verdad del sacerdocio de Cristo en la perspectiva del Tránsito que para cada uno de nosotros es el momento de nuestra muerte. La Resurrección de Cristo es para nosotros signo elocuente [añadido encima: *decisivo*] de la despedida de este mundo- para nacer a otro, al mundo futuro.

He leído, pues, las anotaciones de mi testamento del último año, escrito también durante los ejercicios espirituales – las he comparado con el testamento de mi gran predecesor y padre Pablo VI, con aquel sublime testimonio sobre la muerte de un cristiano y de un papa- y he renovado en mi la conciencia de las cuestiones a las cuales se refiere la anotación del 6.III.1979 preparada por mi (de una manera muy provisional).

Hoy deseo agregar a esta solo esto, que cada uno debe tener presente la perspectiva de la muerte. Y debe estar listo para presentarse delante del Señor y del Juez- y al mismo tiempo Redentor y Padre. Yo también tomo en consideración esto continuamente, confiando aquel momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia – a la Madre de mi esperanza.

Los tiempos en los que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos. Difícil y duro se ha tornado también el camino de la Iglesia, prueba característica de estos tiempos – tanto para los fieles, como para los pastores. En algunos países (como por ejemplo en aquel sobre el que he leído durante los ejercicios espirituales), la Iglesia se encuentra en un periodo de persecución tal, que no es inferior a la de los primeros siglos, es más, los supera por el grado de crueldad y de odio. *Sanguis martyrum – semen christianorum*. Y además de esto – tantas personas desaparecen inocentemente, también en este país en el que vivimos...

Una vez más, deseo confiarme totalmente a la gracia del Señor. Él mismo decidirá cuándo y cómo debo terminar mi vida terrena y el ministerio pastoral. En la vida y en la muerte *Totus tuus* mediante la Inmaculada. Aceptando desde ahora esta muerte, espero que Cristo me dé la gracia para el último tránsito, es decir la (mi) Pascua. Espero también que la

haga útil para la causa más importante que busco servir: la salvación de los hombres, la salvaguardia de la familia humana, y en ella de todas las naciones y los pueblos (entre ellos me refiero también en particular a mi patria terrena), útil para las personas que de modo particular me ha confiado, por la cuestión de la Iglesia, para la gloria del mismo Dios.

No deseo añadir nada a lo escrito hace un año solo expresar esta presteza y confianza, para la que de nuevo me han dispuesto los presentes ejercicios espirituales.

Juan Pablo II

* * *

Totus tuus ego sum

5.III.1982

En el curso de los ejercicios espirituales de este año he leído (más veces) el texto del testamento del 6.III.1979. Aunque aún lo considero provisional (no definitivo), lo dejo en la forma en que está. No cambio (por ahora) nada, y tampoco agrego, en lo que se refiere a las disposiciones contenidas en él.

El atentado contra mi vida el 13.V.1981 de alguna manera ha confirmado la exactitud de las palabras escritas en el periodo de los ejercicios espirituales de 1980 (24.II – 1.III).

Aún más profundamente siento que me encuentro totalmente en las Manos de Dios- y me encuentro continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a él en su Inmaculada Madre (*Totus tuus*).

Juan Pablo II

* * *

5.III.82

En relación con la última frase de mi testamento del 6.III.1979 («sobre el lugar, el lugar del funeral, decida el Colegio Cardenalicio y los connacionales») aclaro lo que tengo en mente: el metropolitano de Cracovia o el Consejo General del Episcopado de Polonia – al Colegio Cardenalicio pido que satisfaga en cuanto sea posible las eventuales peticiones de los nombrados arriba.

* * *

1.III.1985 (en el curso de los ejercicios espirituales)

Además – en lo que se refiere a la expresión «Colegio Cardenalicio y los connacionales»: el «Colegio Cardenalicio» no tiene ninguna obligación de consultar sobre este argumento a «los connacionales»; sin embargo puede hacerlo, si por algún motivo lo considera justo.

JP II

Los ejercicios espirituales del año jubilar 2000 (12-18.III)

(para el testamento)

1. Cuando el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el Primado de Polonia Card. Stefan Wyszynski me dijo: «La tarea del nuevo papa será la de introducir a la Iglesia en el tercer milenio». No sé si repito exactamente la frase, pero por lo menos ese era el sentido de lo que entonces escuché. Lo dijo el hombre que ha pasado a la historia como Primado del Milenio. Un gran primado. He sido testigo de su misión, de su total confianza. De sus luchas: de su victoria. «La victoria, cuando llegue, será una victoria mediante María» – Estas palabras de su predecesor, el cardenal August Hlond, solía repetir las el Primado del Milenio.

De esta manera he sido, de alguna forma, preparado para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se me presentó. En el momento en que escribo estas palabras, el Año Jubilar del 2000, es ya una realidad de hecho. La noche del 24 de diciembre de 1999 fue abierta la simbólica Puerta del Gran Jubileo en la basílica de San Pedro, luego la de San Juan de Letrán, después de Santa María la Mayor – en año nuevo, y el día 19 de enero la puerta de la basílica de San Pablo Extramuros. Este último acto, dado su carácter ecuménico, ha quedado impreso en la memoria en modo muy particular.

2. En la medida en que el Año Jubilar 2000 va adelante, de día en día se cierra tras de nosotros el siglo veinte y se abre el siglo veintiuno. Según los designios de la Providencia me ha sido concedido vivir en el difícil siglo que está a punto de terminar, y ahora en el año en el que mi vida alcanza los ochenta años («octogesima adveniens»), es necesario preguntarse si no es tiempo de repetir con el bíblico Simeón «Nunc dimittis».

El día 13 de mayo de 1981, el día del atentado contra el Papa durante la audiencia general en la plaza de San Pedro, la Divina Providencia me salvó de la muerte de un modo milagroso. El que es el único Señor de la vida y de la muerte, él mismo me ha prolongado la vida, en cierto modo me la ha dado de nuevo. Desde este momento mi vida pertenece aún más a él. Espero que él me ayudará a reconocer hasta cuándo debo continuar este servicio, al que me llamó el día 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando él quiera. «En la vida y en la muerte pertenecemos al Señor... somos del Señor» (cf. Rm 14, 8). Espero también que hasta que me sea dado cumplir el servicio petrino en la Iglesia, la misericordia de Dios quiera prestarme las fuerzas necesarias para este servicio.

3. Como cada año durante los ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6.III.1979. Conti-

núo manteniendo las disposiciones contenidas en él. Aquello que entonces, y también durante los sucesivos ejercicios espirituales he añadido constituye un reflejo de la difícil y dura situación general, que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989 esta situación ha cambiado. El último decenio del siglo pasado ha estado libre de las precedentes tensiones; esto no significa que no haya traído consigo nuevos problemas y dificultades. Particularmente, sea alabada la Providencia divina por esto, porque el periodo de la llamada «guerra fría» ha terminado sin el violento conflicto nuclear, cuyo peligro amenazaba sobre el mundo en el periodo precedente.

4. Estando en el umbral del tercer milenio «*in medio Ecclesiae*», deseo todavía una vez más expresar la gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, del cual junto con toda Iglesia- y sobretodo con todo el episcopado- me siento deudor. Estoy convencido que aún por largo tiempo será dado a las nuevas generaciones descubrir las riquezas que este Concilio del siglo xx nos ha dejado. Como obispo que ha participado en el acontecimiento conciliar del primero al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán los futuros llamados a aplicarlo. Por mi parte agradezco al eterno Pastor que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado.

«*In medio Ecclesiae*»... desde los primeros años del servicio episcopal –resalto que gracias al Concilio me fue dado experimentar la fraterna comunión del episcopado. Como sacerdote de la archidiócesis de Cracovia había experimentado lo que era la fraterna comunión del presbiterio– el Concilio ha abierto una nueva dimensión de esta experiencia.

5. ¡A cuántas personas debería nombrar! Probablemente el Señor Dios ha llamado a sí a la mayoría de ellas – en cuanto a los que aún se encuentran en este mundo, las palabras de este testamento los re-

cuerdan, a todos y en todas partes, donde quiera que se encuentren.

En el curso de más de veinte años en los que realizo el servicio petrino «*in medio Ecclesiae*» he experimentado la benévola y fecundísima colaboración de tantos cardenales, arzobispos y obispos, tantos sacerdotes, también personas consagradas –hermanos y hermanas– en fin tantísimas personas laicas, en el ambiente curial, en el vicariato de la diócesis de Roma, así como fuera de estos ambientes.

¡Como no abrazar con grata memoria a todos los episcopados del mundo, con los cuales me he encontrado en las sucesivas visitas «*ad limina Apostolorum*»! ¡Cómo no recordar también a tantos hermanos cristianos – no católicos! ¡Y al rabino de Roma y también a los numerosos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a tantos representantes del mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

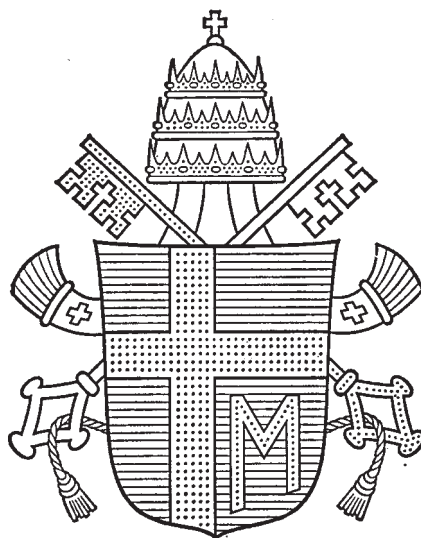
6. A medida que se acerca el límite de mi vida terrena regreso con la memoria al inicio, a mis padres, a mi hermano y a la hermana (que no he conocido, porque murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a aquella ciudad de mi amor, a los de mi tiempo, compañeras y compañeros de la escuela elemental, del gimnasio, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y en seguida a la parroquia de Niegowie, a la de San Floriano de Cracovia, a la pastoral de los estudiantes, al ambiente... a todos los ambientes... a Cracovia y a Roma... a las personas que de modo especial me han sido confiadas por el Señor.

A todos quiero decir una sola cosa: «Dios os recompense».

«*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*».

A.D.

17.III.2000



Texto del «Rogito», acta en pergamino sobre la vida del Papa introducido en su ataúd

Leído por el arzobispo Piero Marini, maestro de las Celebraciones Pontificias, y que tras ser firmado por todos los presentes fue introducido en el ataúd de Juan Pablo II

En la luz de Cristo resucitado de los muertos, el 2 de abril del año del Señor 2005, a las 21,37 horas, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en el día del Señor, Octava de Pascua y Domingo de la Divina Misericordia, el querido pastor de la Iglesia, Juan Pablo II, pasó de este mundo al Padre. Toda la Iglesia acompañó en oración su tránsito, especialmente los jóvenes.

Juan Pablo II fue el papa número 264. Su memoria se queda en el corazón de la Iglesia y de toda la humanidad.

Karol Wojtyła, elegido papa el 16 de octubre de 1978, nació en Wadowice, ciudad a 50 kilómetros de Cracovia, el 18 de mayo de 1920 y fue bautizado dos días más tarde en la iglesia parroquial por el sacerdote Francesco Zak.

A los 9 años recibió la primera Comunión y a los 18 el sacramento de la Confirmación. Al interrumpir los estudios a causa del cierre de la Universidad por parte de las fuerzas de ocupación nazis, trabajó en una cantera y, después, en la fábrica química Solvay.

A partir de 1942, sintiéndose llamado al sacerdocio, estudió en el seminario clandestino de Cracovia. El 1 de noviembre de 1946 recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Adam Sapieha. Después fue enviado a Roma, donde se licenció y doctoró en teología, con una tesis que llevaba por título «Doctrina de fide apud Sanctum Ioannem a Cruce».

Regresó después a Polonia, donde recibió algunas tareas pastorales y enseñó las sagradas disciplinas. El 4 de julio de 1958, el papa Pío XII le nombró obispo auxiliar de Cracovia. Y Pablo VI, en 1964, le destinó a esa misma sede como arzobispo. Como tal intervino en el Concilio Vaticano II. Pablo VI le creó cardenal el 26 de junio de 1967.

En el cónclave fue elegido papa por los cardenales, el 16 de octubre de 1978, y tomó el nombre de Juan Pablo II. El 22 de octubre, día del Señor, comenzaba solemnemente su ministerio petrino.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido uno de los más largos de la Iglesia. En este período, bajo diferentes aspectos, se ha asistido a muchos cam-

bios. Entre los cuales, la caída de algunos regímenes, a la que él mismo contribuyó. Con el objetivo de anunciar el Evangelio realizó muchos viajes a diferentes países.

Juan Pablo II ejerció el ministerio petrino con incansable espíritu misionero, dedicando todas sus energías movido por la «sollicitudo omnium ecclesiarum» y por la caridad abierta a toda la humanidad. Más que todos sus predecesores se ha encontrado con el Pueblo de Dios y con los responsables de las naciones, en las celebraciones, en las audiencias generales y en las visitas pastorales.

Su amor por los jóvenes le llevó a comenzar las Jornadas Mundiales de la Juventud, convocando a millones de jóvenes de varias partes del mundo.

Ha promovido con éxito el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándoles en ocasiones en encuentros de oración por la paz, especialmente en Asís.

Ha ampliado notablemente el Colegio de los cardenales, creando 231 (además de uno «in pectore»). Ha convocado quince asambleas del Sínodo de los Obispos, siete generales ordinarias y ocho especiales. Ha erigido numerosas diócesis y circunscripciones, en particular en el Este de Europa.

Ha reformado los Códigos de Derecho Canónico Occidental y Oriental, ha creado nuevas instituciones y reordenado la Curia Romana.

Como «sacerdos magnus» ha ejercido el ministerio litúrgico en la diócesis de Roma y en todo el orbe, en plena fidelidad al Concilio Vaticano II. Ha promovido de manera ejemplar la vida y la espiritualidad litúrgica y la oración contemplativa, especialmente la adoración eucarística y la oración del santo Rosario (cf. carta apostólica «Rosarium Virginis Mariae»).

Bajo su guía, la Iglesia se ha acercado al tercer milenio y ha celebrado el Gran Jubileo del año 2000, según las líneas indicadas en la carta apostólica «Tertio millennio adveniente». Ésta se ha asomado después a la nueva época, recibiendo sus indicaciones en la carta apostólica «Novo millennio ineunte», en la que se mostraba a los fieles el camino del tiempo futuro.

Con el Año de la Redención, el Año Mariano y el Año de la Eucaristía, ha promovido la renovación espiritual de la Iglesia. Ha dado un impulso extraordinario a las canonizaciones y beatificaciones para mostrar innumerables ejemplos de santidad de hoy, que sirvieran de aliento a los hombres de nuestro tiempo. Ha proclamado doctora de la Iglesia a santa Teresa del Niño Jesús.

El magisterio doctrinal de Juan Pablo II es muy rico. Custodio del depósito de la fe, se entregó con sabiduría y valentía para promover la doctrina católica, la teología moral y espiritual, y a enfrentarse durante todo su pontificado a las tendencias contrarias a la genuina tradición de la Iglesia.

Entre los documentos principales, se encuentran 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas, además de las catequesis propuestas en las audiencias generales y de las alocuciones pronunciadas en todas las partes del mundo. Con su enseñanza, Juan Pablo II ha confirmado e iluminado al Pueblo de Dios sobre

la doctrina teológica (sobre todo en las primeras tres grandes encíclicas [«Redemptor hominis», «Dives in misericordia», «Dominum et vivificantem»]), antropológica y social (encíclicas «Laborem exercens», «Sollicitudo rei socialis», «Centesimus annus»), moral (encíclicas «Veritatis splendor», «Evangelium vitae»), ecuménica (encíclica «Ut unum sint»), misiológica (encíclica «Redemptoris missio»), mariológica (encíclica «Redemptoris Mater»).

Ha promulgado el Catecismo de la Iglesia Católica a la luz de la Tradición, autorizadamente interpretada por el Concilio Vaticano II. Ha publicado también algunos volúmenes como doctor privado.

Su magisterio ha culminado en la encíclica «Ecclesia de Eucharistia» y en la carta apostólica «Mane nobiscum Domine», durante el Año de la Eucaristía.

Juan Pablo II ha dejado a todos un testimonio admirable de piedad, de vida santa y de paternidad espiritual.

CORPUS IOANNIS PAULI II P.M.
VIXIT ANNOS LXXXIV, MENSES X DIES XV

ECCLESIAE UNIVERSAE PRAEFUIT
ANNOS XXVI MENSES V DIES XVII

Semper in Christo vivas, Pater Sancte!

OBITUS, DEPOSITIO ET TUMULATIO
IOANNIS PAULI II SANCTAE MEMORIAE

In lumine Christi a mortuis Resurgentis, die II mensis Aprilis anno Domini MMV, hora vicesima prima, triginta septem momentis elapsis, vesperi, cum dies sabbati ad finem vergeret atque ingressi essemus diem

Domini, Octavam scilicet Paschalem necnon Dominicam Divinae Misericordiae, Ecclesiae dilectus Pastor, Ioannes Paulus II de hoc mundo ad Patrem demigravit. Eius transitum tota orans Ecclesia est comitata, Iuvenes potissimum.

Ioannes Paulus II ducentesimus sexagesimus quartus fuit Pontifex. Eius memoria in totius Ecclesiae omniumque hominum cordibus manet.



Un nuevo Pentecostés

LUIS PETIT GRALLA

«En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

Estas palabras del Señor se han cumplido de un modo asombroso en nuestro querido y amado Papa Juan Pablo II.

Eran muchas las voces –dentro y fuera de la Iglesia– que se estaban levantando en los últimos tiempos pidiendo la dimisión del Santo Padre. Cálculos humanos, sabiduría humana, aplastada de nuevo por la sabiduría de la Cruz. La reacción popular tras su muerte deja en ridículo a los que pedían su renuncia y demuestra qué razón tenía el Papa al asemejarlos a los que pedían a Cristo bajar de la cruz. A la luz de su muerte cobran un sentido más profundo todos sus gestos, su voluntad de servir a la Iglesia –con la que se había desposado– hasta el último suspiro. Ha servido fielmente a la Iglesia y a su muerte la Iglesia entera le ha llorado y millones de sus hijos han acudido a decirle adiós y a mostrarle su gratitud.

La espera aumenta el deseo

No pueden tener otra explicación las colas que se formaron para pasar unos segundos por delante de sus restos mortales. Conforme avanzaban los días y se acercaba el día del solemne funeral aumentaban las horas que los peregrinos debían esperar para pasar a despedirse de su Padre y Pastor. Nada de curiosidad, sólo fe y agradecimiento. Le preguntaba a un español que había visto al Papa después de pasar dieciséis horas de cola para estar 15 segundos delante del cuerpo del Santo Padre:

–¿Ha valido la pena?

–¡Hombre, claro! –me respondía casi indignado por la pregunta.

Me paré un rato observando a la multitud que pasaba por delante del Santo Padre en el interior de la basílica. No podían detenerse, caminaban lentos esos últimos metros frente al cuerpo de Juan Pablo II situado en un sencillo catafalco delante del baldaquino de Bernini. Una mirada, una palabra, la señal de la santa cruz... una niña le lanza un beso, una mujer mayor no cesa de decirle adiós con la mano mientras se aleja lentamente... Les obligaban a seguir caminando para no entorpecer la marcha ininterrumpida de peregrinos, pero cuando ya se habían alejado una cincuentena de metros del lugar muchos

caían de rodillas en cualquier parte de la Basílica y empezaban una larga y sentida oración; otros, sentados en el suelo, rezaban el Rosario y algunos permanecían quietos, de pie y con los ojos bañados en lágrimas mirando hacia el suelo. Era el dolor del que ha perdido a un padre.

Contaba un obispo cómo un hombre de unos cuarenta años le pidió que le dejara pasar a rezar delante:

–No se puede contentar a todo el mundo –le contestó el prelado

–Yo era ateo, vine una vez a un encuentro del Papa por curiosidad, casi para reírme... recuperé la fe. Hoy tenía que venir a darle gracias.

El purpurado le deja pasar y observa cómo sumido en un sollozo en voz alta aquel hombre va exclamando *Grazie per la fede, grazie per la fede...*

El encuentro con el Papa era el final de una larguísima cola que atravesaba toda la plaza de San Pedro, y a través de la Vía de la Conciliazione y tras serpentear por las calles de los alrededores cruzaba el río Tíber y moría en el Lungotevere. Allí moría porque la policía impedía que se añadieran más fieles desde el miércoles por la noche ante el temor de que al final no les diera tiempo de entrar en San Pedro. Algo que nunca se había visto en esta ciudad.

Observando este ejército de fieles se podía percibir con qué piedad, devoción e ilusión acudían a despedirse del Santo Padre. No había quejas ni empujones, en cambio sí oración, silencio y cantos. La mayoría eran jóvenes, también algunos matrimonios con niños y alguna persona mayor desafiando a la edad.

Muchos medios han querido estos días falsear el mensaje de Juan Pablo II reduciéndolo a un canto a la paz y a la tolerancia en una especie de sincretismo o relativismo religioso que sería lo que explicaría esta movilización sin precedentes. Los fieles que allí estaban no transmitían esa impresión. Era una declaración de fe en el Vicario de Cristo. Una muestra de amor a la Iglesia, Madre y Maestra. Los periodistas presentes asombrados se preguntaban qué era eso. Una periodista francesa me para por la calle:

–¿Por qué piensa que el Santo Padre ha atraído más gente que nadie?

–El Santo Padre ha cumplido la misión que el Señor le había encomendado. Cuando ha sido débil ha sido fuerte, pues la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad del hombre para confundir a los sabios de este mundo. No se ha tratado de su

carácter mediático, porque cuando peor ha estado físicamente más gente ha acudido a él. Ha sido el Espíritu Santo que ha podido realizar su obra a través de la docilidad del siervo bueno y fiel. En Juan Pablo II hemos encontrado realmente al *dulce Cristo en la tierra*.

Mientras sigo caminando me encuentro con confesores por las calles. Los peregrinos acuden a reconciliarse con el Señor en esos momentos tan emotivos. Me contaba un sacerdote que llevaba ya más de cuarenta confesiones en la tarde del jueves. Ya se habla de milagros físicos del Papa: lo creo, pues los milagros espirituales los vi ya en aquellos días.

Ambiente jubilar

Se respiraba un aire espiritual por todas las calles de la ciudad. Un hombre te pregunta dónde venden rosarios, otro te pide que le bendigas un cuadro de la Divina Misericordia, otro confesión, un grupo pasa cantando canciones neocatecumenales... clima jubilar. Cualquiera rincón de los alrededores de san Pedro es bueno para montar un pequeño santuario: unas cuantas velas, flores, pañuelos de las Jornadas de la Juventud, mensajes y dibujos para el Papa. Entre los mensajes llaman la atención los de los niños italianos, siempre tan dulces. Uno en español reza: «He estado dieciséis horas en la cola para saludarte, pero no es nada para agradecerte los veintiséis años de entrega a todos nosotros».

El ambiente de oración se extiende por toda la ciudad, las Misas se ven aumentadas en lo que se refiere a presencia de fieles de manera muy considerable. Pero hay una iglesia *vicina* al Vaticano que se lleva la palma. No se puede casi ni entrar. Es pequeña para Roma, pero haría un papel muy digno en cualquier otra ciudad del mundo. Se trata de la Iglesia del Santo Spirito in Sassia. ¿Qué particularidad tiene? Que empieza a ser más conocida como el Santuario de la Divina Misericordia. Hay allí un cuadro de la Divina Misericordia donado por Juan Pablo II y que él mismo bendijo el 23 de Abril de 1995. Entrar en la hora de la misa era casi imposible, pero aun cuando no la había no era fácil, pues se iba alternando durante todo el día el rezo del santo Rosario con la *Coroncina* a la Divina Misericordia. Qué duda cabe que la providencia del Señor se ha mostrado especialmente grande en los últimos días del Santo Padre. Se lo ha llevado al Cielo un primer sábado de mes y la víspera de la fiesta de la Divina Misericordia que él mismo instituyó. A unos ojos mundanos no tiene especial importancia esta fiesta, pero a una mirada de fe no se le escapa que la muerte del Papa, ligada a esta fiesta nos está hablando de

la importancia providencial de la misma. Quizás deberíamos recordar aquí que para León XIII, el papa de la *Rerum novarum*, el acto más importante de su pontificado fue la Consagración del mundo al Corazón de Jesús. Puede que el acto más importante del pontificado de Juan Pablo II —al que llaman ya *Magnano* o el *Grande*— haya sido la institución de esta fiesta, tan necesaria para la humanidad.

Este ambiente que estoy describiendo tuvo su culminación en la gran fiesta que supuso el funeral del Santo Padre.

Pentecostés

La idea de llamar así a estos días no es mía. Fue la llamada que recibí una de aquellas tardes de un sacerdote español que lleno de celo me pedía que bajara a confesar porque no daban abasto y añadía entusiasmado: «¡Esto es un gran Pentecostés!».

Ese Pentecostés tuvo su cumbre el viernes 8 de abril con la misa exequial del Romano Pontífice.

Eran muchísimos más los que querían entrar que los que cabían en la plaza. Además, por motivo de seguridad —por evitar las avalanchas— no quería la policía que la Plaza estuviera abarrotada. Por ello dejaron entrar a una parte de la gente, otra se quedó en la Via de la Conciliazione y el resto en distintos puntos de la ciudad: el Circo Máximo, Tor Vergata, la Piazza del Popolo, San Juan de Letrán, etc. En todo esos lugares se habilitaron pantallas gigantes para que los cientos de miles de personas que no habían podido llegar al Vaticano pudieran ver la ceremonia en compañía de otros peregrinos.

Para poder entrar en la plaza de San Pedro miles de personas durmieron en la calle, en sacos y con mantas que se repartieron. Otros acudieron desde las tres de la mañana. Entre los que durmieron allí mismo hubo algunos que no pudieron entrar.

Empieza la celebración con el canto de entrada. Mientras el coro entona *Réquiem aeternam dona ei, Domine* aparece por la puerta principal de la basílica el féretro de Juan Pablo II. La multitud empieza a aplaudir enfervorizada. La misa exequial será a partir de ese momento una mezcla de funeral y canonización popular. El Espíritu Santo muestra su presencia con un *viento impetuoso* que hace agitar las casullas de los cardenales. Ese mismo viento provoca que el libro de los Evangelios, colocado sobre la caja del Papa, corra todas sus hojas hasta quedar cerrado. Le digo a un compañero:

—Podrían haberle puesto un peso para que no se cerrara.

—Es un símbolo de la vida del Papa, no se ha cerrado hasta pasar todas las páginas del Evangelio.

El cardenal Ratzinger pronunció la homilía. En

varias ocasiones fue interrumpido –lo cual no parecía desagradarle– por la multitud que aplaudía a Juan Pablo II. Junto a estos aplausos se podían distinguir a muchos italianos que gritaban: *Santo subito* (santo enseguida), y acompañaban dicho coro con unas pancartas con idéntico contenido.

Dijo el Cardenal: «Para todos nosotros es inolvidable cómo en este último Domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico y una última vez dio la bendición *Urbi et Orbi*». Los presentes aplaudieron aquel recuerdo. Era la demostración que ellos sí agradecían el esfuerzo que hizo el Papa al querer bendecir a sus hijos a pesar de su enfermedad. Por ello era un Pastor, sacerdote hasta el final, porque puso por delante la entrega a la grey que la opinión de tantos periodistas, analistas y sabios según el mundo que no podían soportar ver a un hombre enfermo que se ofrecía hasta el final. Pero lo que añadió el Cardenal fue lo que hizo que todos los presentes añadieran a los aplausos abundantes lágrimas en los ojos: «Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendícenos, Santo Padre. Nosotros confiamos tu alma querida a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Amén».

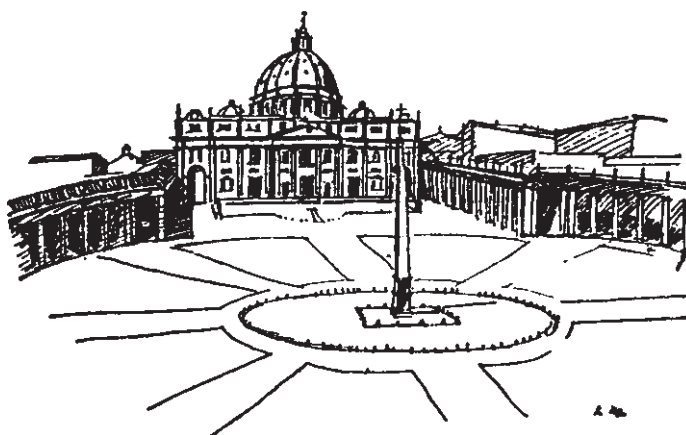
El final de la ceremonia fue realmente conmovedor. Llevaban la caja hacia el interior de la Basílica, los aplausos eran cada vez mayores. Los portadores se dieron la vuelta y la inclinaron mostrándola a la multitud. Era como el último adiós. En ese momento el coro empieza a cantar el *Magnificat* y las campanas a sonar. Muchas personas decían adiós con la mano, otras aplaudían, todas lloraban. Era la despedida de un ser querido.

No me puedo detener en más detalles de la ceremonia ni de estos días. Se podrían escribir libros enteros. He dado algunas pinceladas de ese cuadro impresionante que han sido estas fechas en Roma.

Quisiera que lo que aquí hemos visto y oído se grabara de tal manera en nuestros corazones que no olvidáramos en nuestras vidas jamás estos acontecimientos. Son tantas emociones y experiencias que las unas se pisan a las otras y luchan por encontrar un lugar preferente en el corazón que evite la caída en el olvido.

No quisiera concluir sin añadir una reflexión. El Papa ha querido unir su vida a la presencia maternal de María. El lema montfortiano *Totus tuus* ha marcado todo su pontificado. Su relación con la Virgen de Fátima es de todos conocida. La presencia de María en estos días ha sido también muy clara, muy palpable. Por todo ello, uniendo esa devoción mariana indudable, con la fama de santidad con la que ha muerto Juan Pablo II, cuántas veces me han venido estos días a la cabeza las palabras de san Luis María Grignon de Montfort: «Los mayores santos, las personas más ricas en gracia y virtud son los más asiduos en rogar a la Santísima Virgen y contemplarla siempre como el modelo perfecto a imitar y la ayuda eficaz que los debe socorrer. Acontecerá especialmente hacia el fin del mundo, porque el Altísimo y su Santísima Madre han de formar grandes santos que superarán en santidad a la mayoría de los otros santos cuanto los cedros del Líbano exceden a los arbustos».

Para muchos de nosotros Juan Pablo II ha sido «nuestro Papa». No hemos conocido hasta ahora a otro, hemos vivido realmente días inolvidables con él, que van desde nuestra infancia cuando visitó España en 1982 hasta las numerosas Jornadas de la Juventud a las que hemos asistido. Le hemos amado y nos hemos sentido amados por él. Es por ello que le hemos llorado ahora como a un padre, es por ello que se nos permite hablar de él con ese cariño de los hijos que no dudan en asegurar –adelantándose al juicio de la Iglesia– que nuestro padre ha ido al Cielo. El día que se asomó a la logia de San Pedro se oyó *¡Habemus papam!* Su último día en esa misma plaza, el día de su funeral, pude ver una pancarta que me gustó: *¡Habemus sanctum!*



«Sígueme»

Homilía que pronunció el cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio Cardenalicio, durante la misa de exequias por Juan Pablo II que presidió el viernes, 8 de abril, en la plaza de San Pedro del Vaticano.

«Sígueme», dice el Señor resucitado a Pedro, como su última palabra a este discípulo elegido para apacentar a sus ovejas. «Sígueme», esta palabra lapidaria de Cristo puede considerarse como la clave para comprender el mensaje que deja la vida de nuestro difunto y amado papa Juan Pablo II, cuyos restos depositamos hoy en la tierra como semilla de inmortalidad, con el corazón lleno de tristeza pero también de gozosa esperanza y de profunda gratitud.

Con estos sentimientos y este espíritu, hermanos y hermanas en Cristo, nos encontramos en la plaza de San Pedro, en las calles adyacentes y en otros diferentes lugares de la ciudad de Roma, poblada en estos días por una inmensa multitud silenciosa y orante. Saludo a todos cordialmente. En nombre del Colegio de los cardenales saludo con deferencia a los jefes de Estado, de gobierno y a las delegaciones de los diferentes países. Saludo a las autoridades y a los representantes de las Iglesias y comunidades cristianas, al igual que a los de las diferentes religiones. Saludo a los arzobispos, a los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, llegados de todos los continentes; de forma especial a los jóvenes a los que Juan Pablo II definía como el futuro y la esperanza de la Iglesia. Mi saludo alcanza también a todos los que en cualquier lugar del mundo están unidos a nosotros a través de la radio y la televisión, en esta participación conjunta en el solemne rito de despedida del querido pontífice.

«Sígueme». Cuando era joven estudiante, Karol Wojtyła era un apasionado de la literatura, del teatro, de la poesía. Mientras trabajaba en una fábrica química, rodeado y amenazado por el terror nazi, escuchó la voz del Señor: ¡Sígueme! En este contexto tan particular comenzó a leer libros de filosofía y de teología, entró después en el seminario clandestino creado por el cardenal Sapieha y después de la guerra pudo completar sus estudios en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica de Cracovia. Muchas veces en sus cartas a los sacerdotes y en sus libros autobiográficos nos habló de su sacerdocio, en el que fue ordenado el 1 de noviembre de 1946. En esos textos interpreta su sacerdocio a partir de tres frases del Señor. Ante todo ésta: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Juan 15, 16). La segunda palabra es: «El buen pas-

tor da su vida por las ovejas» (Juan 10, 11). Y por último: «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Juan 15, 9).

En estas tres frases podemos ver el alma entera de nuestro Santo Padre. Realmente ha ido a todos los lugares sin descanso para llevar fruto, un fruto que permanece. «Levantaos, vamos», es el título de su penúltimo libro. «Levantaos, vamos». Con esas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y hoy. «Levantaos, vamos», nos dice hoy también a nosotros. El Santo Padre fue, además, sacerdote hasta el final porque ofreció su vida a Dios por sus ovejas y por toda la familia humana, en una entrega cotidiana al servicio de la Iglesia y, sobre todo, en las duras pruebas de los últimos meses. Así se ha convertido en una sola cosa con Cristo, el buen pastor que ama sus ovejas. Y finalmente «permaneced en mi amor»: el Papa, que buscó el encuentro con todos, que tuvo una capacidad de perdón y de apertura de corazón para todos, nos dice hoy también con estas palabras del Señor: «Permaneciendo en el amor de Cristo, aprendemos, en la escuela de Cristo, el arte del verdadero amor».

«Sígueme». En julio de 1958 comienza para el joven sacerdote Karol Wojtyła una nueva etapa en el camino con el Señor y tras el Señor. Karol fue, como era habitual, con un grupo de jóvenes apasionados de la canoa a los lagos Masuri para pasar unos días de vacaciones juntos. Pero llevaba consigo una carta que le invitaba a presentarse ante el primado de Polonia, el cardenal Wyszynski, y podía adivinar el motivo del encuentro: su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. Dejar la docencia universitaria, dejar esta comunión estimulante con los jóvenes, dejar la gran liza intelectual para conocer e interpretar el misterio de la criatura humana, para hacer presente en el mundo de hoy la interpretación cristiana de nuestro ser, todo aquello debía parecerle como un perderse a sí mismo, perder aquello que constituía la identidad humana de ese joven sacerdote. Sígueme, Karol Wojtyła aceptó, escuchando en la llamada de la Iglesia la voz de Cristo. De este modo, se dio cuenta de que es verdadera la palabra del Señor: «Quien intente guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará» (Lucas 17, 33). Nuestro Papa, todos lo sabemos, nunca quiso salvar

su propia vida, guardársela; se entregó sin reservas, hasta el último momento, por Cristo y por nosotros. De esa forma experimentó que todo lo que había puesto en manos del Señor se lo devolvía de una nueva manera: el amor a la palabra, a la poesía, a las letras fue una parte esencial de su misión pastoral y dio nueva frescura, actualidad nueva, atracción nueva al anuncio del Evangelio, precisamente cuando éste es signo de contradicción.

«Sígueme». En octubre de 1978 el cardenal Wojtyła escucha de nuevo la voz del Señor. Se renueva el diálogo con Pedro narrado en el Evangelio de esta ceremonia: «Simón de Juan, ¿me quieres?...

Apacienta mis ovejas». A la pregunta del Señor: Karol ¿me quieres?, el arzobispo de Cracovia respondió desde lo profundo de su corazón: « Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». El amor de Cristo fue la fuerza dominante en nuestro querido Santo Padre; quien lo ha visto rezar, quien lo ha oído predicar, lo sabe. Y así, gracias a su profundo arraigamiento en Cristo pudo llevar un peso, que supera las fuerzas puramente humanas: ser pastor del rebaño de Cristo, de su Iglesia universal. Éste no es el momento de hablar de los diferentes aspectos de un pontificado tan rico. Quisiera leer solamente dos pasajes de la liturgia de hoy, en los que aparecen elementos centrales de su anuncio. En la primera lectura dice San Pedro –y el Papa nos dice con San Pedro–: «Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato. Él ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buena Nueva de la paz por medio de Jesucristo que es el Señor de todos» (Hechos 10,34-36). Y en la segunda lectura, San Pablo –con San Pablo nuestro Papa difunto– nos exhorta intensamente: «Por tanto, hermanos míos queridos y añorados, mi gozo y mi corona, manteneos así firmes en el Señor» (Filipenses 4,1).

¡Sígueme! Junto al mandato de apacienta su rebaño, Cristo anunció a Pedro su martirio. Con esta palabra conclusiva, que resume el diálogo sobre el amor y sobre el mandato de pastor universal, el Señor recuerda otro diálogo, que tuvo lugar en la Última Cena. Esa vez, Jesús dijo: «Adonde yo voy, vosotros no podéis venir». Pedro dijo: «Señor, ¿a dónde vas?». Le respondió Jesús: «Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde.» (Juan 13, 33.36). Jesús va de la Cena a la Cruz y a la Resurrección y entra en el misterio pascual; Pedro, sin embargo, todavía no le puede seguir. Ahora, tras la Resurrección, llegó este momento, este «más tar-

de». Apacientando el rebaño de Cristo, Pedro entra en el misterio pascual, se dirige hacia la Cruz y la Resurrección. El Señor lo dice con estas palabras, «cuando eras joven..., e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras» (Juan 21, 18). En el primer período de su pontificado el Santo Padre, todavía joven y repleto de fuerzas, bajo la guía de Cristo fue hasta los confines del mundo. Pero después compartió cada vez más los sufrimientos de Cristo, comprendió cada vez mejor la verdad de las palabras: «Otro te ceñirá...». Y precisamente en esta comunión con el Señor que sufre anunció el Evangelio infatigablemente y con renovada intensidad el misterio del amor hasta el fin.

Él nos ha interpretado el misterio pascual como misterio de la divina misericordia. Escribe en su último libro: El límite impuesto al mal «es en definitiva la divina misericordia» («Memoria e identidad», página 70). Y reflexionando sobre el atentado dice: «Cristo, sufriendo por todos nosotros, ha conferido un nuevo sentido al sufrimiento; lo ha introducido en una nueva dimensión, en un nuevo orden: el del amor... Es el sufrimiento que quema y consume el mal con la llama del amor y obtiene también del pecado un multiforme florecimiento de bien» (página 199). Alentado por esta visión, el Papa ha sufrido y amado en comunión con Cristo, y por eso, el mensaje de su sufrimiento y de su silencio ha sido tan elocuente y fecundo.

Divina Misericordia: El Santo Padre encontró el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. El, que había perdido a su madre cuando era muy joven, amó todavía más a la Madre de Dios. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si estuvieran dirigidas a él personalmente: «¡Aquí tienes a tu madre!». E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo de su ser («eis ta idia»: Juan 19,27) – *Totus tuus*. Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo.

Ninguno de nosotros podrá olvidar que en el último domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico Vaticano e impartió la bendición «Urbi et Orbi» por última vez. Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendíganos, Santo Padre. Confiamos tu querida alma a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro. Amén.

«¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!»

Homilía de Juan Pablo II en el inicio de su pontificado (22 de octubre de 1978)

1. «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

Estas palabras las pronunció Simón, hijo de Jonás, en la región de Cesarea de Filipo. Sí, las expresó con su propia lengua, con una convicción profunda, vivida, sentida, si bien no tienen su origen en él: «porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos» (Mt 16,17). Eran palabras de fe.

Ellas marcan el comienzo de la misión de Pedro en la historia de la salvación, en la historia del Pueblo de Dios. A partir de semejante confesión de fe, desde ese momento, la historia sagrada de la salvación y del Pueblo debía adquirir una nueva dimensión: expresarse en la dimensión histórica de la Iglesia. Esta dimensión eclesial de la historia del Pueblo de Dios tiene sus orígenes y de hecho nace de estas palabras de fe, y en el hombre que las pronunció: «Tú eres Pedro –roca, piedra– y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

2. Hoy día y en este lugar tienen que pronunciarse de nuevo y escucharse las mismas palabras: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Sí, hermanos e hijos, ante todo estas palabras. Su contenido abre ante nuestros ojos el misterio de Dios vivo, misterio que el Hijo conoce y ha acercado a nosotros. En realidad, nadie ha acercado el Dios vivo a los hombres, nadie lo ha revelado como él mismo lo hizo. En nuestro conocimiento de Dios, en nuestro camino hacia Dios estamos enteramente ligados al poder de las palabras «Quien a mí me ve, también ve al Padre». Aquel que es infinito, inescrutable, inefable se hizo cercano para nosotros en Jesucristo, el Hijo unigénito, nacido de María Virgen en el establo de Belén.

–Todos aquellos que ya tenéis la inestimable suerte de creer,

–todos aquellos que aún buscáis a Dios,

–y también quienes estáis atormentados por la duda:

acoged una vez más –hoy en este lugar sagrado–

las palabras pronunciadas por Simón Pedro. En esas palabras se encuentra la fe de la Iglesia. En esas mismas está la nueva verdad, mejor dicho, la verdad última y definitiva sobre el hombre: el hijo de Dios vivo. «¡Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!»

3. Hoy el nuevo obispo de Roma inicia solemnemente su ministerio y la misión de Pedro. De hecho, Pedro llevó a cabo en esta ciudad la misión que le confió el Señor. El Señor se dirigió hacia él diciendo: «... cuando eras joven, tú te ceñías e ibas donde querías; cuando envejeczas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21, 18). ¡Pedro vino a Roma! ¿Qué lo guió y condujo a esta urbe, centro del Imperio romano, sino la obediencia a

la inspiración recibida del Señor? Tal vez este pescador de Galilea no habría deseado venir hasta acá. Tal vez habría preferido permanecer allá, en las orillas del lago de Genesaret, con su embarcación y sus redes; ¡pero, guiado por el Señor, obedeciendo su inspiración, llegó acá! Según una antigua tradición (que encontró también una magnífica expresión literaria en una novela de Henryk Sienkiewicz), durante la persecución de Nerón, Pedro quería abandonar Roma; pero el Señor intervino, yendo a su encuentro. Pedro se dirigió a él preguntando: «*Quo vadis, Domine?*» (¿Adónde vas, Señor?). Y el Señor le respondió de inmediato: «Voy a Roma para ser crucificado por segunda vez». Así, Pedro volvió a Roma y perma-



neció aquí hasta su crucifixión. Sí, hermanos e hijos, Roma es la Sede de Pedro. En el curso de los siglos siempre se han sucedido nuevos obispos en esta Sede. Hoy un nuevo obispo sube a la Cátedra Romana de Pedro, un obispo lleno de temor, consciente de su indignidad. ¿Y cómo no temer ante la grandeza de semejante llamada y la misión universal de esta Sede Romana!? En la Sede de Pedro en Roma, sube hoy un obispo que no es romano, un obispo que es hijo de Polonia; pero desde este momento él también se convierte en romano. ¡Sí, romano! Y lo es también por ser hijo de una nación donde la historia, desde sus primeros albores, y las milenarias tradiciones están marcadas por un vínculo vivo, fuerte, jamás interrumpido, sentido y vivido con la Sede de Pedro, una nación que siempre permaneció fiel a esta Sede de Roma. ¡Oh, qué inescrutable es el designio de la divina Providencia!

4. En los siglos anteriores, cuando el sucesor de Pedro tomaba posesión de su Sede, ponían sobre su cabeza la tiara. El último coronado fue el papa Pablo VI, en 1963, quien, sin embargo, después del solemne rito de la coronación, jamás volvió a usar la tiara, dejando a sus sucesores en libertad de decidir al respecto. El papa Juan Pablo I, cuyo recuerdo está tan vivo en nuestros corazones, no quiso la tiara y hoy no la desea su sucesor. No es una época, en realidad, para volver a un rito y a aquello que tal vez injustamente se consideró símbolo del poder temporal de los papas. Nuestra época nos invita, nos impulsa, nos obliga a mirar al Señor y entregarnos a una humilde y devota meditación sobre el misterio de la suprema potestad del mismo Cristo. Aquel que nació de la Virgen María, el Hijo del carpintero —como se creía—, el Hijo de Dios vivo, como confesó Pedro, vino para hacer de todos nosotros «un reino de sacerdotes». El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo —Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey— prosigue en la Iglesia. Y tal vez en el pasado se ponía sobre la cabeza del papa la tiara, esa triple corona, para expresar con ese símbolo que todo el orden jerárquico de la Iglesia de Cristo, toda su «sacra potestad» ejercida en ella no es sino el servicio, un servicio con un objetivo único: que todo el Pueblo de Dios sea partícipe en esta triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor, la cual no tiene su origen en los poderes de este mundo, sino en el Padre celestial y el misterio de la cruz y la resurrección. La potestad absoluta y a la vez dulce y suave del Señor responde al hombre en toda su profundidad, a sus más elevadas aspiraciones del intelecto, la voluntad y el corazón. Ella no habla con un lenguaje de fuerza, expresándose, en cambio, en la caridad y la verdad. El nuevo sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una fer-

viente, humilde y confiada plegaria: «¡Oh, Cristo! ¡Haz que yo pueda convertirme en servidor de tu única potestad y serlo! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce el ocaso! ¡Haz que yo pueda ser un siervo! Más aún, siervo de tus siervos».

5. Hermanos y hermanas, ¡no tengáis miedo de acoger a Cristo y aceptar su potestad! ¡Ayudad al Papa y a cuantos quieren servir a Cristo, y con la potestad de Cristo, servir al hombre y a toda la humanidad! ¡No temáis! ¡Abrid, mejor dicho, abrid de par en par las puertas a Cristo! A su potestad salvadora abrid los confines de los estados, los sistemas económicos y políticos, los amplios campos de la cultura, la civilización y el desarrollo. ¡No temáis! Cristo sabe «qué hay dentro del hombre»... ¡Sólo él lo sabe! Hoy en día el hombre desconoce tan a menudo lo que hay adentro, en lo profundo de su ánimo y su corazón; tan a menudo carece de certeza ante el sentido de su vida en esta tierra. Lo invade la duda, que se transforma en desesperación. Permitted, por tanto —os ruego, os imploro con humildad y confianza—, permitid a Cristo hablar al hombre. Sólo él tiene palabras de vida, ¡sí!, de vida eterna. Precisamente hoy toda la Iglesia celebra su «Jornada Misionera Mundial», y reza, es decir, medita, actúa para que las palabras de vida de Cristo lleguen a todos los hombres y sean escuchadas por ellos como mensaje de esperanza, salvación y liberación total.

6. Agradezco a todos los presentes que han querido participar en esta solemne inauguración del ministerio del nuevo sucesor de Pedro.

Agradezco cordialmente a los jefes de Estado, a los representantes de las autoridades y a las delegaciones de los gobiernos por su presencia que tanto me honra. ¡Gracias a vosotros, eminentísimos cardenales de la Santa Iglesia romana! ¡Os doy las gracias, queridos hermanos del episcopado!

¡Gracias a vosotros, sacerdotes! ¡A vosotros, hermanas y hermanos, religiosas y religiosos de las órdenes y las congregaciones! ¡Gracias! ¡Gracias a vosotros, romanos! ¡Gracias a los peregrinos que han acudido de todo el mundo!

¡Gracias a todos aquellos que están ligados a este sagrado rito a través de la radio y la televisión!

Abro el corazón a todos los hermanos de las Iglesias y comunidades cristianas, saludando en particular a vosotros que estáis presentes, en espera del próximo encuentro personal; pero desde ahora os expreso un sincero aprecio por haber querido asistir a este solemne rito. Y una vez más me dirijo a todos los hombres, a cada hombre, ¡y con qué veneración debe el apóstol de Cristo pronunciar esta palabra: hombre!

¡Orad por mí!

¡Ayudadme para que pueda servirlos! Amén.

Un papa viajero, un papa misionero

El afán evangelizador de Juan Pablo II, afán auténticamente misionero, se expresó en sus viajes por todo el mundo: en 101 ocasiones salió fuera de Italia, en las que visitó 130 países, tal como queda de manifiesto en la lista que ofrecemos a continuación. El mismo Papa explicitó, en una alocución a la Curia romana, el 28 de junio de 1982, lo que le movía a recorrer el mundo:

«De aquí nace la raíz teológica de los viajes que he hecho hasta ahora por la gracia de Dios y que son la aplicación a escala universal del carisma de Pedro de confirmar y consolidar la vitalidad de la Iglesia en la fidelidad a la Palabra, al servicio de la verdad, para incremento de la vida sacramental y eucarística de que hablé en la encíclica *Redemptor hominis*. Todas mis peregrinaciones se compendian aquí: en la enseñanza dada a todos los sectores del Pueblo de Dios

con fidelidad total al Evangelio; en la proclamación íntegra de la verdad; en la celebración eucarística. La palabra del Evangelio, sembrada a manos llenas en estas peregrinaciones, cobra eficacia verdadera porque se centra en la Palabra, en el Verbo Cristo Jesús, que se hace presente en los altares de las grandes asambleas del Pueblo de Dios, asambleas que quedan impresas en mi memoria como el recuerdo más profundo y conmovedor de mis visitas».

1979

25 enero-1 febrero: **República Dominicana, México, Bahamas**

2-10 junio: **Polonia**

29 septiembre-8 octubre: **Irlanda, Estados Unidos**

28-30 noviembre **Turquía**

1980

2-12 mayo: **Zaire, Congo, Kenya, Ghana, Burkina Faso, Costa de Marfil**

30 mayo-2 junio: **Francia**

30 junio-2 julio: **Brasil**

15-19 noviembre: **Alemania**

1981

16-26 febrero: **Paquistán, Filipinas, Estados Unidos, Japón**

1982

12-19 febrero: **Nigeria, Benin, Gabón, Guinea Ecuatorial**

12-15 mayo: **Portugal**

28 mayo-2 junio: **Gran Bretaña**

10-13 junio: **Brasil, Argentina**

15 junio: **Suiza**

29 agosto: **San Marino**

31 octubre-9 noviembre: **España**

1983

2-10 marzo: **Portugal, Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, Belize, Haití**

16-23 junio: **Polonia**

14-15 agosto: **Francia**

10-13 septiembre: **Austria**

1984

2-12 mayo: **Estados Unidos, República de Corea, Papúa-Nueva Guinea, Islas Salomón, Tailandia**

12-17 junio: **Suiza**

9-21 septiembre: **Canadá**

10-13 octubre: **España, República Dominicana, Puerto Rico**

1985

26 enero-6 febrero: **Venezuela, Ecuador, Perú, Trinidad y Tobago**

11-21 mayo: **Países Bajos, Luxemburgo, Bélgica**

8-19 agosto: **Togo, Costa de Marfil, Camerún, República Centroafricana, Zaire, Kenya, Marruecos**

8 septiembre: **Liechtenstein**

1986

31 enero-11 febrero: **India**

1-8 julio: **Colombia**

4-7 octubre **Francia**

19 noviembre-1 diciembre: **Bangladesh, Singapur, Fiji, Nueva Zelanda, Australia, Seichelles**

1987

31 marzo-13 abril: **Uruguay, Chile, Argentina**

30 abril-4 mayo: **Alemania**

4-14 junio: **Polonia**

10-20 septiembre: **Estados Unidos, Canadá**

1988

7-18 mayo: **Uruguay, Bolivia, Perú, Paraguay**

23-27 junio: **Austria**

10-19 septiembre: **Zimbabwe, Botswana, Lesotho, Swazilandia, Mozambique**

8 octubre: **Francia**

1989

28 abril-6 mayo: **Madagascar, La Reunión, Zambia, Malawi**
 1-10 junio: **Noruega, Islandia, Finlandia, Dinamarca, Suecia**
 19-21 agosto: **España**
 7-15 octubre: **República de Corea, Timor Oriental, Mauricio**

1990

24 enero-1 febrero: **Cabo Verde, Guinea-Bissau, Malí, Burkina Fasso, Chad**
 21-22 abril: **Checoslovaquia**
 6-13 mayo: **México, Curaçao**
 25-27 mayo: **Malta**
 1-10 septiembre: **Tanzania, Burundi, Ruanda, Costa de Marfil**

1991

10-14 mayo: **Portugal**
 1-9 junio: **Polonia**
 13-20 agosto: **Polonia, Hungría**
 12-22 octubre: **Brasil**

1992

19-26 febrero: **Senegal, Gambia, Guinea**
 4-10 junio: **Angola, Sao Tomé y Príncipe**
 9-13 octubre: **República Dominicana**

1993

3-10 febrero: **Benin, Uganda, Sudán**
 25 abril: **Albania**
 12-17 junio: **España**
 9-16 agosto: **México, Estados Unidos**
 4-10 septiembre: **Lituania, Letonia, Estonia**

1994

10-11 septiembre: **Croacia**

1995

11-21 enero: **Filipinas, Australia, Sri Lanka**
 20-22 mayo: **República Checa, Polonia**
 3-4 junio: **Bélgica**
 30 junio-3 julio: **República Eslovaca**
 14-19 septiembre: **Camerún, República Sudafricana, Kenya**
 4-8 octubre: **Estados Unidos**

1996

5-11 febrero: **Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Venezuela**
 14 abril: **Túnez**

17-19 mayo: **Eslovenia**

21-23 junio: **Alemania**

6-7 septiembre: **Hungría**

19-22 septiembre: **Francia**

1997

12-13 de abril: **Bosnia-Herzegovina**

25-28 de abril: **República Checa**

10 mayo: **Líbano**

31 mayo-10 junio: **Polonia**

21-24 de agosto: **Francia**

2-5 de octubre: **Brasil**

1998

21-26 de enero: **Cuba**

12-13 de marzo: **Nigeria**

19-21 de junio: **Austria**

2-4 de octubre: **Croacia**

1999

22-26 de enero: **México**

26-27 de enero: **Estados Unidos**

5-18 de junio: **Polonia**

5-8 de noviembre: **India**

8-9 de noviembre: **Georgia**

2000

24-26 de febrero: **Egipto**

20-26 de marzo: **Tierra Santa**

12-13 de mayo: **Portugal**

2001

4-9 de mayo: **Grecia, Siria y Malta**

23-27 de junio: **Ucrania**

22-27 septiembre: **Kazajstán y Armenia**

2002

22-26 de mayo: **Azerbaiyán y Bulgaria**

23-28 de julio: **Canadá**

29-30 de julio: **Guatemala**

31 julio - 1 agosto: **México**

16-19 de agosto: **Polonia**

2003

3-4 de mayo: **España**

5-9 de junio: **Croacia**

22 de junio: **Bosnia**

11-14 de septiembre: **Eslovaquia**

2004

5-6 de junio: **Suiza**

14-15 de agosto: **Francia**

Santos proclamados durante el pontificado de Juan Pablo II

En los veintiséis años de su pontificado, Juan Pablo II ha canonizado 482 beatos, 482 fieles seguidores de Cristo a los que la Iglesia rinde culto y propone como intercesores y ejemplos de vida. Ningún pontificado, hasta la fecha, había sido tan fecundo en la exaltación de la santidad (a la cifra de nuevos santos hay que añadir la de los 1338 nuevos beatos). Los santos y los beatos dan gloria a Dios y son una muestra de la eficacia de su gracia en el seno de la Iglesia. En las cifras destaca un dato: casi el cuarenta por ciento de los nuevos santos fueron mártires: en España y otras naciones de Europa, en Vietnam, en China, en África... Pero el cuadro que sigue demuestra que los caminos de la santidad son varios y están abiertos a todas las edades, situaciones y condiciones.

En Roma	Fuera de Roma	Número de santos	Lugar y fecha	Santos
1		1	Basílica vaticana 20 junio 1982	– Crispín de Viterbo (1668-1750), religioso de la orden de Franciscanos Menores Capuchinos
2		2	Plaza de San Pedro 10 octubre 1982	– Maximiliano María Kolbe (1894-1941), O.F.M.Conv. sacerdote mártir
3		4	Basílica vaticana 31 octubre 1982	– Margarita Bourgeoys (1620-1700), fundadora de las Hermanas de la Congregación de Nuestra Señora – Juana Delanoue (1666-1736), fundadora de la Congregación de Santa Ana de la Providencia
4		5	Plaza de San Pedro 16 octubre 1983	– Leopoldo Mandic (1866-1942), capuchino
5		6	Basílica vaticana 11 marzo 1984	– Paula Frassinetti (1809-1882), virgen, fundadora de la congregación de Santa Dorotea
	1	109	Seul (Corea) 6 mayo 1984	– 103 mártires coreanos (Andrés Kim, primer sacerdote católico de Corea)
6		110	Basílica vaticana 21 octubre 1984	– Miguel Febres Cordero (1854-1910), del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas
7		111	Plaza de San Pedro 13 abril 1986	– Francisco Antonio Fasani (1681-1742), sac. profeso de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales
8		112	Basílica vaticana 12 octubre 1986	– José María Tomasi (1649-1713) cardenal, de la orden de los Clérigos Regulares Teatinos
9		128	Plaza de San Pedro 18 octubre 1987	– Lorenzo Ruiz, laico de Manila – Domingo Ibáñez de Erquicia, dominico español – Jaime Kyushei Tomonaga, dominico japonés y 13 compañeros filipinos, mártires del Japón
10		129	Plaza de San Pedro 25 octubre 1987	– José Moscati, laico (1880-1927)
	2	132	Asunción (Paraguay) 16 mayo 1988	– Roque González de Santa Cruz (1576-1628) y dos compañeros españoles, Alonso Rodríguez y Juan de Castillo, mártires de la Compañía de Jesús († 1628)
	3	133	Mesina (Italia) 11 junio 1988	– Eustoquia Smeraldo Calafato (1434-1485) virgen, monja de la orden de San Francisco
11		249	Plaza de San Pedro 19 junio 1988	Mártires del Vietnam († 1745-1862) – Andrés Dung-Lac, presbítero – Tomás Thien y Manuel Phung, laicos – Jerónimo Hermosilla, Valentín Berrio-Ochoa, O.P. y otros seis obispos

			– Teófanos Vénard, presbítero M.E.P. y 105 compañeros, mártires (†1745-1862)
12	251	Basílica vaticana 3 julio 1988	– Simón de Rojas (1552-1624), trinitario – Rosa-Felipa Duchesne (1769-1852), hermana de la Sociedad del Sagrado Corazón
13	252	Plaza de San Pedro 2 octubre 1988	– Magdalena de Canosa (1774-1835), marquesa, virgen, fundadora de la Familia Canosiana de Hijos e Hijas de la Caridad
14	253	Basílica vaticana 11 diciembre 1988	– María Rosa Molas y Vallvé (1815-1876) de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación
15	254	Basílica vaticana 9 abril 1989	– Clelia Barbieri (1847-1870), fundadora de la Congregación de las Hermanas Mínimas de la Dolorosa
16	256	Basílica vaticana 1 noviembre 1989	– Gaspar Bertoni (1777-1853), presbítero, fundador de la Congregación de los Sagrados Estigmas – Ricardo Pampuri (1897-1930), O.H.
17	258	Basílica vaticana 12 noviembre 1989	– Inés de Bohemia (1211-1282), de la orden de Santa Clara – Alberto Adán Chmielowski de Cracovia (1845-1916), fundador fundador de los Hermanos y las Hermanas de la Tercera Orden de San Francisco, Siervos de los Pobres
18	259	Basílica vaticana 10 diciembre 1989	– Muciano María Wiaux (1841-1917), F.S.C.
19	260	Basílica vaticana 9 diciembre 1990	– María Margarita de Youville (1701-1771), fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Caridad
20	261	Basílica vaticana 17 noviembre 1991	– Rafael Kalinowski (1835-1907), O.C.D.
21	262	Basílica vaticana 31 mayo 1992	– Claudio la Colombière (1641-1682), S.J.
4	263	Santo Domingo 11 octubre 1992	– Ezequiel Moreno y Díaz (1848-1906), obispo de Pasto, de la Orden de los Agustinos Recoletos
22	265	Basílica vaticana, 21 marzo 1993	– Claudina Thévenet (1774-1837), virgen, fundadora de la Congregación de Religiosas de Jesús-María – Teresa de Jesús «de los Andes» (1900-1920), virgen, novicia carmelita descalza
5	266	Madrid (España) 16 junio 1993	– Enrique de Ossó y Cervelló (1840-1896), sacerdote diocesano y fundador de las Hermanas de la Sociedad de Santa Teresa de Jesús
6	267	Riga (Letonia) 8 setiembre 1993	– San Meinardo (1134/36-1196), primer obispo de Livonia, hoy Letonia (restaurador del culto)
7	269	Olomouc (R. Checa) 21 mayo 1995	– Juan Sarkander (1576-1620), presbítero y mártir – Zdislava de Lemberg (1220-1252), laica y madre de familia, de la Tercera Orden de Santo Domingo
8	272	Košice (Eslovaquia) 2 julio 1995	– Mártires de Košice († 1619) – Marcos Krizevcanin – Esteban Pongracz – Melchor Grodziecki, presbíteros de la Compañía de Jesús
23	273	Basílica vaticana, 3 diciembre 1995	– Eugenio de Mazenod (1782-1861), obispo de Marsella, fundador de la congregación de Misioneros Oblatos de María Inmaculada
24	276	Plaza de San Pedro, 2 junio 1996	– Juan Gabriel Perboyre (1802-1840), presbítero y mártir, de la Congregación de las Misiones – Egidio María de San José Francisco Antonio Postillo (1729-1812), religioso de la orden de los Hermanos Menores – Juan Grande Román (1546-1600), religioso de la orden hospitalaria de San Juan de Dios
9	277	Cracovia (Polonia) 8 junio 1997	– Eduvigis, reina de Polonia (1374-1399)

10	278	Krosno (Polonia) 10 junio 1997	– Juan de Dukla (1414-1484), presbítero
25	279	Plaza de San Pedro 11 octubre 1998	– Teresa Benedicta de la Cruz (Edith) Stein (1891-1942), monja profesa, carmelita descalza, mártir
26	282	Plaza de San Pedro 18 abril 1999	– Marcelino José Benito Champagnat (1789-1840), presbítero de la Sociedad de María, fundador del Instituto de los Pequeños Hermanos de María (Hermanos Maristas de las escuelas) – Juan Calabria (1873-1954), presbítero, fundador de la Congregación de los Pobres Siervos y de las Pobres Siervas de la Divina Providencia – Agustina Livia Pietrantonio (1864-1894), virgen, de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Juana Antida Thouret
11	283	Nowy Sacz (Polonia) 16 junio 1999	– Cunegunda (Kinga) (1234-1292)
27	295	Basílica vaticana 21 noviembre 1999	– Cirilo Bertrán y 8 compañeros, religiosos del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, e Inocencio de la Inmaculada, presbítero de la Congregación de la Pasión de Jesucristo mártires (†1934-1937). – Benito Menni (1841-1914), presbítero de la Orden hospitalaria de San Juan de Dios, fundador de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús – Tomás de Cori (1655-1729), presbítero de la Orden de los Hermanos Menores
28	296	Plaza de San Pedro 30 abril 2000	– María Faustina Kowalska (1905-1938), virgen, de las Hermanas de la Beata Virgen María de la Misericordia
29	323	Plaza de San Pedro 21 mayo 2000	– Cristóbal Magallanes (1869-1927), presbítero y 24 compañeros presbíteros y laicos, mártires – José María de Yermo y Parres (1851-1904), presbítero, fundador de la Congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres – María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre (1868-1959) virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús
30	446	Plaza de San Pedro 1 octubre 2000	– Agustín Zhao Rong (†1815), presbítero, y 119 compañeros (1648-1930), mártires en China – María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra (1842-1912), virgen, fundadora del Instituto de las Siervas de Jesús de la Caridad – Catalina Drexel (1858-1955), virgen, fundadora de la Congregación de las Hermanas del Santísimo Sacramento para los afroamericanos y los pieles rojas – Josefina Bakhita (1869-1947), virgen del Instituto de las Hijas de la Caridad (Canosianas)
31	451	Plaza de San Pedro 10 junio 2001	– Luis Scrosoppi (1804-1884), presbítero del Oratorio de San Felipe Neri, fundador de la Congregación de las Hermanas de la Providencia de San Cayetano Tiene – Agustín Roscelli (1818-1902), presbítero, fundador de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada de Génova – Bernardo de Corleone (1605-1667), religioso de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos – Teresa Eustochio Verzeri, (1801-1852) virgen, fundadora del Instituto de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús – Rebeca Petra Choboq Ar-Rayès (1832-1914), virgen, monja de la Orden Libanesa Maronita
32	455	Plaza de San Pedro 25 noviembre 2001	– José Marelló (1844-1895), obispo, fundador de la Congregación de los Oblatos de San José – Paula Montal Fornés de San José de Calasanz (1799-1889), fundadora de las Hijas de María Religiosas de las Escuelas Pías – Leonia Francisca de Sales Aviat (1844-1914), virgen, fundado-

33	460	Plaza de San Pedro 19 mayo 2002	<p>ra de la Congregación de las Hermanas Oblatas de San Francisco de Sales</p> <ul style="list-style-type: none"> – María Crescencia Höss (1682-1744), virgen, monja de la Tercera Orden de San Francisco – Alonso de Orozco (1500-1591), de la Orden de San Agustín – Ignacio de Santhià (1686-1770), presbítero de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos – Umile de Bisognano (1582-1637), religioso de la Orden de los Hermanos Menores – Paulina del Corazón Agonizante de Jesús (1865-1942), virgen, fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción – Benedicta Cambiagio Frassinello (1791-1858), fundadora del Instituto de las Hermanas Benedictinas de la Providencia 	
34	461	Plaza de San Pedro 16 junio 2002	– Pío de Pietrelcina (1887-1968), presbítero de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos	
	12	462	Guatemala 30 julio 2002	– Hermano Pedro de San José Betancurt (1887-1968), laico de la Tercera Orden de San Francisco, fundador de los Hermanos Betlemitas y de las Hermanas Betlemitas
	13	463	Ciudad de México 31 julio 2002	– Juan Diego Cuauhtlatotzin (1474-1548), laico
35	464	Plaza de San Pedro 6 octubre 2002	– Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), presbítero, fundador del Opus Dei	
	14	469	Madrid (España) 4 de mayo de 2003	<ul style="list-style-type: none"> – Pedro Poveda Castroverde (1874-1936), presbítero, mártir, fundador de la Institución Teresiana – José María Rubio y Peralta (1864-1929), jesuita, fundador de la obra «Marías de los Sagrarios» – Genoveva Torres Morales (1870-1956), fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles – Ángela de la Cruz Guerrero González (1846-1932), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Compañía de la Cruz – María Maravillas de Jesús Pidal y Chico de Guzmán (1891-1974), virgen, fundadora, reformadora del Carmelo Descalzo
36	473	Basílica vaticana 18 de mayo de 2003	<ul style="list-style-type: none"> – José Sebastián Pelczar (1842-1924), obispo, fundador de la Congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús – Úrsula Ledóchowska (1865-1939), fundadora de las Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante – María De Mattias (1805-1866), virgen, fundadora de la congregación de las Religiosas Adoratrices de la Sangre de Cristo – Virginia Centurione Bracelli (1587-1651), viuda, fundadora de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio del Monte Calvario y de las Hijas de Nuestra Señora del Monte Calvario. 	
37	476	Plaza de San Pedro 5 de octubre de 2003	<ul style="list-style-type: none"> – Daniel Comboni (1831-1881), fundador de los Misioneros Combonianos y de las Hermanas Misioneras Combonianas – Arnoldo Janssen (1837-1909), fundador de los Misioneros del Verbo Divino y de las Siervas del Espíritu Santo – José Freinademetz (1852-1908), presbítero de los Misioneros del Verbo Divino, misionero en China 	
	482	Plaza de San Pedro 16 de mayo de 2004	<ul style="list-style-type: none"> – Luis Orione (1872-1940), sacerdote, fundador de la Pequeña obra de la Divina Providencia – Anfbal María di Francia (1851-1927), fundador de la Congregación de los Padres Rogacionistas del Corazón de Jesús y de las Hermanas Hijas del Divino Celo – Josep Manyanet y Vives (1833-1901), fundador de los Hijos de la Sagrada Familia de Jesús, María y José y de las Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret – Nimattullah Kassab Al-Hardini (1808-1858), sacerdote de la Orden Libanesa Maronita – Paula Isabel Cerioli (1816-1865), fundador de dos congregaciones religiosas dedicadas a la ayuda a la familia – Gianna Beretta Molla (1922-1962), madre de familia 	

La devoción al Corazón de Jesús en el pontificado del papa Juan Pablo II

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

Actos del magisterio de Juan Pablo II relacionados con la devoción al Corazón de Jesús

El pontificado de Juan Pablo II se ha caracterizado, entre otras cosas, por haber dado un nuevo impulso a la devoción al Corazón de Jesús tal y como fue revelada a santa Margarita en Paray-le-Monial en la segunda mitad del siglo XVII.

Vamos a recopilar algunos de los actos magisteriales de Juan Pablo II relacionados con la devoción al Corazón de Jesús, sin contar con las innumerables beatificaciones y canonizaciones de fundadores que en las constituciones de sus institutos fijaron como un elemento fundamental de su espiritualidad la devoción al Corazón de Jesús e incluso en un número notable de casos el nombre de la congregación menciona al Corazón de Jesús.

Podemos señalar cronológicamente los siguientes actos magisteriales:

1979. Encíclica *Redemptor hominis*; alocución del 22 de junio: «Aprendamos a conocer el misterio del Corazón de Cristo». El ángelus tras la fiesta del Sagrado Corazón: «La fiesta del Sagrado Corazón, actualidad siempre viva».

1980. Encíclica *Dives in misericordia*. El Papa en Montmartre (1 de junio): «El amor del Corazón de Jesús envuelve al mundo entero».

1982. Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María en Fátima (13 de mayo) – Meditaciones de las letanías al Corazón de Jesús en los ángelus dominicales (mes de junio).

1984. Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María en Roma (25 de marzo) – Solemne acto en colegialidad con los obispos de todo el mundo – Homilía en misa celebrada en el policlínico Gemelli de Roma (28 de junio): «El misterio del Corazón de Cristo».

1985. Alocución a los directores nacionales del Apostolado de la Oración (13 de abril) – «El Apostolado de la Oración, tesoro del Corazón de Cristo, tesoro del corazón del Papa» – Durante los meses de

junio, julio y agosto – Meditaciones de las letanías al Corazón de Jesús en los ángelus dominicales.

1986. Visita a Paray-le-Monial – Homilía a los peregrinos; carta al prepósito general de los jesuitas en la capilla del entonces beato Claudio la Colombière y alocución a las religiosas visitandinas del monasterio de la Visitación, donde tuvieron lugar las apariciones del Corazón de Jesús.

1992. Canonización del beato Claudio la Colombière (31 de mayo).

1997. Proclamación de santa Teresa de Lisieux como doctora de la Iglesia universal (19 de octubre)

1999. Conmemoración del centenario de la consagración del mundo al Corazón de Jesús realizada por León XIII (mensaje desde Polonia 11 de junio y carta con motivo de la peregrinación a Paray).

2000. Canonización de la beata Faustina Kowalska e institución de la fiesta de la Misericordia Divina (30 de abril).

2002. Consagración del mundo a la Misericordia Divina en Polonia (17 de agosto).

El último escrito del Papa, ya en su lecho de muerte, la víspera de su muerte, fue enviado a Polonia y dedicado a la Misericordia Divina.

El programa del pontificado de Juan Pablo II: la devoción al Corazón de Jesús

La presencia de la devoción al Corazón de Jesús en el magisterio y la pastoral de Juan Pablo II ha adquirido unas dimensiones que no había tenido hasta ahora, al menos en los últimos tiempos.

Juan Pablo II no ha escrito una encíclica dedicada expresamente a la devoción al Corazón de Jesús como lo hicieron León XIII con la encíclica *Annum Sacrum*, Pío XI con la *Miserentissimus Redemptor* y Pío XII con la *Haurietis aquas*, las cuales tratan con exclusividad el tema y constituyen el cuerpo doctrinal del magisterio de la Iglesia al respecto. Se pue-

de decir, sin embargo, que transmitir a toda la Iglesia la devoción al Corazón de Jesús, junto con la devoción al Corazón Inmaculado de María, ha constituido la preocupación fundamental de su magisterio y de su acción pastoral.

En la encíclica *Redemptor hominis*, la primera de su pontificado, Juan Pablo II propone como programa de su pontificado dar a conocer a Cristo a todos los hombres, llevando el Evangelio a todas las partes de la tierra para que todos los hombres se unan a Cristo Redentor del hombre. En ella dice: «La redención del mundo (...) es en su raíz más profunda la plenitud de la justicia en un corazón humano: en el corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios y llamados a la gracia, llamados al amor. (...) Esta revelación del amor es definida también misericordia, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo».

La encíclica *Dives in misericordia* la dedica a la misericordia divina expresada en la persona del Padre. En ella afirma que la Iglesia debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad, cual nos ha sido transmitida por la revelación, y que la Iglesia profesa de modo especial la misericordia divina en el culto al Sagrado Corazón: «La Iglesia debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad, cual nos ha sido transmitida por la revelación. (...) precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto –en un cierto sentido y al mismo tiempo accesible en el plano humano– de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre».

Se puede afirmar que el programa del pontificado de Juan Pablo II ha sido dar a conocer a los hombres y mujeres de hoy la infinita misericordia divina, la cual se profesa y venera de manera particular en la devoción al Corazón de Jesús.

Continuidad con el magisterio de los papas

En el discurso de clausura del congreso internacional de directores nacionales del Apostolado de la Oración del 13 de abril de 1985, Juan Pablo II recuerda que el Apostolado de la Oración se ha distinguido siempre por su voluntad de propagar la devoción y espiritualidad del Corazón del Redentor en continuidad con las enseñanzas del magisterio de la Iglesia y les exhorta a que «sigan siendo evangelizadores del que es rico en misericordia».

Las letanías al Corazón de Jesús: oración y catequesis

Del magisterio hablado de Juan Pablo II, en relación con la devoción al Corazón de Jesús, cabe reseñar las alocuciones dominicales del rezo del *Ángelus*. En los meses de junio, desde muy al principio de su pontificado, años 1979, 1980, y de modo muy especial el año 1985 ha meditado las invocaciones de las letanías al Corazón de Jesús que, como él mismo dice, se inspiran en fuentes bíblicas, son oración y veneración y dan a conocer el misterio de la Redención y contienen las más genuinas expresiones de esta devoción. Estas letanías las ha meditado en repetidas ocasiones, y ha alabado y recomendado la costumbre existente en Polonia de rezarlas o cantarlas todos los días del mes de junio.

La consagración a los Corazones de Jesús y de María

Si algo ha caracterizado el pontificado de Juan Pablo II de forma singular, ha sido su tierna devoción a la Virgen; es un papa esencialmente mariano, con la espiritualidad vivida de los grandes santos marianos como san Luis María Grignion de Montfort, de quien tomó el lema de su pontificado «*Totus tuus*». Sin olvidar a su compatriota Maximiliano Kolbe, muerto mártir en un campo de concentración nazi, a quien canonizó.

Además, si parecía imposible que un papa siguiera las indicaciones de la Virgen en Fátima como lo había hecho Pío XII, Juan Pablo II le ha superado. Durante su pontificado, además de su presencia física en Fátima y sus consagraciones, se puede señalar la beatificación de Francisco y Jacinta y la apertura de la tercera parte del secreto en el que se reconocía el atentado que sufrió el Papa el 13 de mayo de 1981.

Ha realizado la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María dos veces, una en el mismo Fátima a título personal, pero en nombre de todos los obispos, la segunda en Roma, en 1984, en la clausura del Año Santo de la Redención (Encarnación) en un solemne acto colegial con todos los obispos del mundo. Lo realmente singular de esta consagración al Corazón Inmaculado de María es que la concibe unida a la consagración al Corazón de Jesús.

La unión de los Corazones de Jesús y de María es una especificidad de la devoción al Corazón de Jesús expuesta en su magisterio ya que precisamente elige la oración del *ángelus* para meditar las letanías del Corazón de Jesús y en repetidas ocasiones pone de manifiesto la unidad de ambos corazones, desde el momento de la concepción virginal, desde el mismo comienzo del misterio de la Encarnación.

En la homilía durante la misa celebrada en la explanada del santuario de Fátima, el jueves 13 de mayo de 1982 dijo: «Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre, significa volver de nuevo junto a la cruz del Hijo. Mas aún, quiere decir: consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, haciéndolo volver a la fuente misma de la redención. La redención es siempre más grande que el pecado del hombre y que el “pecado del mundo”. La fuerza de la redención supera infinitamente toda especie del mal, existente en el hombre y en el mundo».

El retorno al carisma de Paray-le-Monial

Uno de los aspectos más relevantes del pontificado de Juan Pablo II, en relación con la devoción al Corazón de Jesús, ha sido la insistencia tenaz de que se reconozca el carisma inicial de Paray-le-Monial, así como su fecundidad y actualidad.

En este sentido cabe señalar la visita realizada a Paray en el año 1986 en uno de sus viajes a Francia y el mensaje que hizo con motivo del tercer centenario de la muerte de santa Margarita. En su visita a Paray no sólo se dirige a los peregrinos, sino también al prepósito de la Compañía de Jesús en la capilla del entonces beato Claudio la Colombière y también hizo una alocución a las religiosas del monasterio de la Visitación donde se apareció el Corazón de Jesús. No obstante, no son los únicos momentos en los que Juan Pablo II reconoce la veracidad del carisma de Paray y que desea que sea conocido y seguido por ser necesario para la misión de la Iglesia.

En efecto, lo reconoce también cuando recomienda que se sigan propagando las prácticas concretas que pidió el Sagrado Corazón a santa Margarita: la práctica de la comunión de los primeros viernes, la hora santa, la consagración de personas, familias y naciones; cuando recuerda a los jesuitas el encargo suavísimo, dado a la Compañía de Jesús en la persona de Claudio la Colombière. También lo hace en 1992, con motivo de la canonización de san Claudio la Colombière, el que fuera el director espiritual de santa Margarita, el que le envió el propio Sagrado Corazón para que le confirmara la veracidad del carisma.

En la homilía pronunciada por el Papa durante la misa celebrada en el Parque de los Peregrinos, el domingo 5 de octubre de 1986, dijo: «Nos encontramos en un lugar donde estas palabras del Profeta Ezequiel (os daré un corazón nuevo) resuenan con fuerza. Fueron confirmadas aquí por una sierva pobre y escondida del Corazón divino de Nuestro Señor: santa Margarita María.

Cuántas veces, en el curso de la historia, la verdad de esta promesa ha sido confirmada por la Revelación, en la Iglesia, a través de la experiencia de los santos, de los místicos, de las almas consagradas a Dios».

Y con motivo del tercer centenario de la muerte de santa Margarita María (1990): «Aliento a los pastores, las comunidades religiosas y a todos los animadores de las peregrinaciones a Paray-le-Monial para que contribuyan a la extensión del mensaje recibido por anta Margarita María».



Las prácticas pedidas por el Sagrado Corazón en Paray

Juan Pablo II ha insistido y recordado la importancia de la práctica de los nueve primeros viernes, la hora santa, la consagración de los individuos, las familias y las naciones al Corazón de Jesús. Así en el discurso a los directores nacionales, en 1985, les exhorta a seguir «recomendando y difundiendo, con interés siempre creciente y renovado, la práctica piadosa de los primeros viernes: reconciliado con Dios, con la Iglesia y con los hermanos mediante el sacramento de la Penitencia, el fiel se une al Corazón de Jesús al alimentarse de la Eucaristía, y participa de su actitud de ofrecimiento y de reparación».

El «encargo suavísimo» dado a la Compañía de Jesús

Además, confirma el retorno al carisma de Paray el hecho de recordar a la Compañía de Jesús el «encargo suavísimo», dado por el Corazón de Jesús a santa Margarita en la persona de san Claudio la Colombière de que propagara la devoción al Corazón de Jesús.

Juan Pablo II ha insistido repetidamente para que la Compañía de Jesús responda a esta llamada singular del Corazón de Cristo. Ese hecho supone una confirmación de que la Iglesia ve la necesidad de practicar y vivir la devoción al Corazón de Jesús reconocida en la forma en que fue manifestada a santa Margarita en Paray-le-Monial.

Para recordar el encargo dado a la Compañía de Jesús, el año 1986 durante el viaje apostólico realizado a Paray-le-Monial hizo entrega de una carta al prepósito general de la Compañía, el padre Kolvenbach, en la que le recordaba esta misión. Se la entregó haciéndole ir a la tumba del entonces todavía beato Claudio la Colombière en la capilla dedicada al santo en Paray. En la carta, Juan Pablo II decía: «En mi peregrinación a Paray-le-Monial, he querido venir a orar a la capilla donde se venera la tumba del beato Claudio la Colombière. Él fue «el siervo fiel» que el Señor, en su amor providencial, concedió como director espiritual a santa Margarita María de Alacoque, fue esto lo que le impulsó a ser el primero en difundir su mensaje. En pocos años de vida religiosa y de ministerio intenso, se reveló como un «hijo ejemplar» de la Compañía de Jesús a la que, según el testimonio de la misma santa Margarita María, Cristo había confiado el encargo de difundir el culto a su Corazón divino».

Canonización de san Claudio la Colombière

De sus actos magisteriales, realizados durante su pontificado, relativos a la devoción al Corazón de Jesús, cabe reseñar la canonización de san Claudio la Colombière, ejemplar jesuita, «el siervo fiel» y «perfecto amigo» del Corazón de Jesús. Ha sido canonizado cuando parecía que se quedaría de beato hasta el fin del mundo.

Se puede decir que esta canonización, por una parte, confirma el valor del retorno al espíritu inicial de Paray, ya que san Claudio fue el enviado por el propio Corazón de Jesús a santa Margarita para que le ayudara a discernir sobre la veracidad de las apariciones y encargos dados a la santa de Paray. Y, por otro, se hace resaltar el aspecto de la misericordia divina expresada en la devoción al Corazón de Jesús, presente en la espiritualidad de san Claudio, una de cuyas manifestaciones más destacadas es el *Acto de confianza* compuesto por el santo.

El Papa pone de manifiesto, además, la continuidad entre el espíritu de los ejercicios de san Ignacio y el carisma de Paray; y califica a san Claudio como jesuita ejemplar.

La espiritualidad de san Claudio la Colombière, definida como abandono confiado en la divina Providencia por medio del acto de confianza, bebe de

la misma fuente que la devoción a la misericordia divina que el papa Juan Pablo II ha querido transmitir a los hombres y mujeres del tercer milenio. El modo como dice santa Teresita del Niño Jesús que ve la devoción al Corazón de Jesús y que se encuentra de forma magistral en sus escritos, es precisamente el de la dimensión de la misericordia del Amor misericordioso.

En la homilía de su canonización, afirmó: «El padre La Colombière, con una gran seguridad de discernimiento, acreditó enseguida la experiencia mística de esa “discípula amada [del] Sagrado Corazón” (ib., n. 54), con la cual entabló una hermosa fraternidad espiritual. Recibió de ella un mensaje, que tuvo una gran resonancia: “Este es el Corazón que amó tanto a los hombres, que no ahorró nada, hasta agotarse y consumirse para testimoniar su amor”» (Retraites, 135).

Otras beatificaciones y canonizaciones

No se puede prescindir, a la hora de analizar la presencia de la devoción al Corazón de Jesús en el pontificado de Juan Pablo II, de las numerosas beatificaciones y canonizaciones. Muchas de ellas han sido de fundadores, cuyas obras estaban impregnadas de la espiritualidad de la devoción al Corazón de Jesús. Podemos citar, entre otros, el padre Rubio (beatificado y canonizado), santa Josefa Guerra del Sagrado Corazón (canonizada) o san Benito Menni (beatificado y canonizado).

Si se contabilizara cuántos de los beatos y santos fundadores que Juan Pablo II ha elevado a los altares durante su pontificado tenían en sus fundaciones, como elemento central de su espiritualidad, la devoción al Corazón de Jesús, e incluso la incorporación de ese dulce nombre al de la orden, se demostraría la fructificación en la vida de la Iglesia del carisma de Paray. Por ejemplo, *Sacerdotes del Sagrado Corazón*.

El mismo Juan Pablo II, en la alocución dada a las religiosas visitandinas del monasterio de la Visitación, en su visita a Paray, reconoció la fecundidad del carisma de Paray cuando dijo: «Damos gracias por tantas iniciativas pastorales y fundaciones religiosas que han encontrado aquí una fuente de inspiración decisiva».

En el centenario de la consagración del mundo

Juan Pablo II rememoró el acto de consagración del mundo al Corazón de Jesús, realizado por León XIII al finalizar el siglo XIX con la encíclica *Annum sacrum*. Habla de dicha consagración en un men-

saje que envió al arzobispo de Lyon con motivo de una peregrinación a Paray-le-Monial: «El culto tributado al Sagrado Corazón se difundió, sobre todo gracias a santa Margarita María, religiosa de la Visitación en Paray-le-Monial. El 11 de junio de 1899, León XIII, invitando a todos los obispos a unirse a su iniciativa, pidió al Señor que fuera el Rey de todos los fieles, así como de los hombres que lo han abandonado o de los que no lo conocen, suplicándole que los lleve a la verdad y los conduzca a aquel que es la vida. En la encíclica *Annum sacrum* expresó su compasión por los hombres alejados de Dios y su deseo de encomendarlos a Cristo redentor».

Pero habló de la consagración, sobre todo, en el mensaje que dio en Varsovia el 11 de junio de 1999, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. En este mensaje, además de exponer el significado de la consagración y la confirmación de su validez por el magisterio de la Iglesia, hace una exposición doctrinal de la devoción al Corazón de Jesús comparable a la realizada por Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas*, expresando la vinculación entre el Corazón de Cristo y la Santísima Trinidad en el designio salvífico de la humanidad. Recuerda el Papa que el Corazón de Cristo muestra que el Padre es rico en misericordia, que el Corazón de Cristo muestra la salvación realizada por Cristo, que el Espíritu Santo ayuda a captar la riqueza del Corazón de Cristo y que la devoción al Corazón de Jesús es profundamente eucarística:

«Con la encíclica *Annum sacrum*, el papa León XIII confirmó cuanto habían hecho sus predecesores para conservar religiosamente y dar mayor relieve al culto y a la espiritualidad del Sagrado Corazón. Al pedir que no sólo fueran consagrados los creyentes, sino también todos los hombres, imprimía una orientación y un sentido nuevos a la consagración que, desde hacía ya dos siglos, practicaban personas, grupos, diócesis y naciones».

(...)

«Toda la devoción al Corazón de Jesús en sus diversas manifestaciones es profundamente eucarística: se expresa en ejercicios piadosos que estimulan a los fieles a vivir en sintonía con Cristo, «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29), y se profundiza en la adoración. Está arraigada y encuentra su culminación en la participación en la santa misa, sobre todo en la dominical, en la que los creyentes, reunidos fraternalmente en la alegría y escuchando la Palabra de Dios, aprenden a realizar con Cristo la entrega de sí y de toda su vida, se alimentan del banquete pascual del Cuerpo y la Sangre del Redentor y, compartiendo plenamente el amor que palpita en su Corazón, se esfuerzan por ser cada vez

más evangelizadores y testigos de solidaridad y esperanza.»

La devoción a la Misericordia divina

El papa Juan Pablo II ha querido extender por la Iglesia y por el mundo la devoción a la Misericordia divina. No se puede hablar de esta devoción desvinculándola de la devoción al Corazón de Jesús, sino, por el contrario, en sintonía con ella, recalcando el aspecto de la misericordia que muestra el Corazón de Jesús traspasado por una lanza, del que salieron sangre y agua.

En la homilía de canonización de la beata María Faustina Kowalska, el domingo 30 de abril de 2000, dijo: «Cristo resucitado, que en el Cenáculo da el gran anuncio de la misericordia divina y confía su ministerio a los Apóstoles: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. (...) Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos” (Jn 20, 21-23). Antes de pronunciar estas palabras, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala las heridas de la Pasión, sobre todo la herida de su corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. De ese corazón sor Faustina Kowalska, la beata que a partir de ahora llamaremos santa, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo: «Estos dos haces -le explicó un día Jesús mismo- representan la sangre y el agua» (*Diario*, Librería Editrice Vaticana, p. 132).

Consagración del mundo al Amor misericordioso

La realizó Juan Pablo II en el santuario de la Misericordia Divina de Cracovia, el sábado, 17 de agosto de 2002: «Dios, Padre misericordioso, que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, te encomendamos hoy el destino del mundo y de todo hombre.

»Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habitantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que en ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza.

»Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de tu Hijo, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén».

Por todo, ¡gracias Juan Pablo II!

«La humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina»

El 5 de mayo de 2000 la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos promulgó el decreto que establecía la fiesta litúrgica de la Divina Misericordia, a celebrar el segundo domingo de Pascua, la Dominica in Albis.

Tal era la resolución final que, a instancias del Sumo Pontífice Juan Pablo II, daba forma litúrgica a un mensaje prácticamente sólo conocido en Polonia, pero por el que el Papa sentía gran devoción. Los devotos del Corazón de Jesús entendemos esta «nueva devoción» como culminación –al igual que la devoción de santa Teresita del Niño Jesús– del misterio del amor misericordioso del Corazón de Jesús. Juan Pablo II lo expresó muy bien con las mismas palabras de santa Faustina: «La misericordia divina llega a los hombres a través del corazón de Cristo crucificado: “Hija mía, di que soy el Amor y la Misericordia en persona”».

Podía darse el peligro –puesto que los hombres tendemos a interpretar deficientemente la integridad del mensaje divino– de que la devoción al Corazón de Jesús se interpretara como la manifestación de un amor a Jesús herido por nuestros pecados, surgido no tanto de su verdadera fuente, el Corazón de Jesús, como de nuestra propia piedad. Tal peligro es el que las revelaciones a santa Faustina Kowalska ha venido disipar, porque claramente muestra cómo el amor y la gracia –representados en los rayos rojos y blancos– proceden del mismo Corazón de Cristo.

La impresionante homilía que pronunció el 30 de abril de aquel año 2000 en la misa de canonización de santa Faustina es el mejor resumen del significado y la importancia de dicha devoción. Por ello la reproducimos en toda su integridad.

1. «*Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius*», «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Sal 118, 1). Así canta la Iglesia en la octava de Pascua, casi recogiendo de labios de Cristo estas palabras del Salmo; de labios de Cristo resucitado, que en el Cenáculo da el gran anuncio de la misericordia divina y confía su ministerio a los Apóstoles: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. (...) Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos» (Jn 20, 21-23).

Antes de pronunciar estas palabras, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala las heridas de la Pasión, sobre todo la herida de su corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. De ese corazón sor Faustina Kowalska, la beata que a partir de ahora llamaremos santa, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo: «Estos dos haces –le explicó un día Jesús mismo– representan la sangre y el agua» (*Diario*, Librería Editrice Vaticana, p. 132).

2. ¡Sangre y agua! Nuestro pensamiento va al testimonio del evangelista san Juan, quien, cuando

un soldado traspasó con su lanza el costado de Cristo en el Calvario, vio salir «sangre y agua» (Jn 19,34). Y si la sangre evoca el sacrificio de la cruz y el don eucarístico, el agua, en la simbología joánica, no sólo recuerda el bautismo, sino también el don del Espíritu Santo (cf. Jn 3,5; 4,14; 7,37-39).

La misericordia divina llega a los hombres a través del corazón de Cristo crucificado: «Hija mía, di que soy el Amor y la Misericordia en persona», pedirá Jesús a sor Faustina (*Diario*, p. 374). Cristo derrama esta misericordia sobre la humanidad mediante el envío del Espíritu que, en la Trinidad, es la Persona-Amor. Y ¿acaso no es la misericordia un «segundo nombre» del amor (cf. *Dives in misericordia*, 7), entendido en su aspecto más profundo y tierno, en su actitud de aliviar cualquier necesidad, sobre todo en su inmensa capacidad de perdón?

Hoy es verdaderamente grande mi alegría al proponer a toda la Iglesia, como don de Dios a nuestro tiempo, la vida y el testimonio de sor Faustina Kowalska. La divina Providencia unió completamente la vida de esta humilde hija de Polonia a la historia del siglo xx, el siglo que acaba de terminar. En efecto, entre la primera y la segunda guerra mun-

dial, Cristo le confió su mensaje de misericordia. Quienes recuerdan, quienes fueron testigos y participaron en los hechos de aquellos años y en los horribles sufrimientos que produjeron a millones de hombres, saben bien cuán necesario era el mensaje de la misericordia.

Jesús dijo a sor Faustina: «La humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina» (*Diario*, p. 132). A través de la obra de la religiosa polaca, este mensaje se ha vinculado para siempre al siglo xx, último del segundo milenio y puente hacia el tercero. No es un mensaje nuevo, pero se puede considerar un don de iluminación especial, que nos ayuda a revivir más intensamente el evangelio de la Pascua, para ofrecerlo como un rayo de luz a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

3. ¿Qué nos depararán los próximos años? ¿Cómo será el futuro del hombre en la tierra? No podemos saberlo. Sin embargo, es cierto que, además de los nuevos progresos, no faltarán, por desgracia, experiencias dolorosas. Pero la luz de la misericordia divina, que el Señor quiso volver a entregar al mundo mediante el carisma de sor Faustina, iluminará el camino de los hombres del tercer milenio.

Pero, como sucedió con los Apóstoles, es necesario que también la humanidad de hoy acoja en el cenáculo de la historia a Cristo resucitado, que muestra las heridas de su crucifixión y repite: «Paz a vosotros». Es preciso que la humanidad se deje penetrar e impregnar por el Espíritu que Cristo resucitado le infunde. El Espíritu sana las heridas de nuestro corazón, derriba las barreras que nos separan de Dios y nos desunen entre nosotros, y nos devuelve la alegría del amor del Padre y la de la unidad fraterna.

4. Así pues, es importante que acojamos íntegramente el mensaje que nos transmite la palabra de Dios en este segundo domingo de Pascua, que a partir de ahora en toda la Iglesia *se designará con el*

nombre de «domingo de la Misericordia divina». A través de las diversas lecturas, la liturgia parece trazar el camino de la misericordia que, a la vez que reconstruye la relación de cada uno con Dios, suscita también entre los hombres nuevas relaciones de solidaridad fraterna. Cristo nos enseñó que «el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que

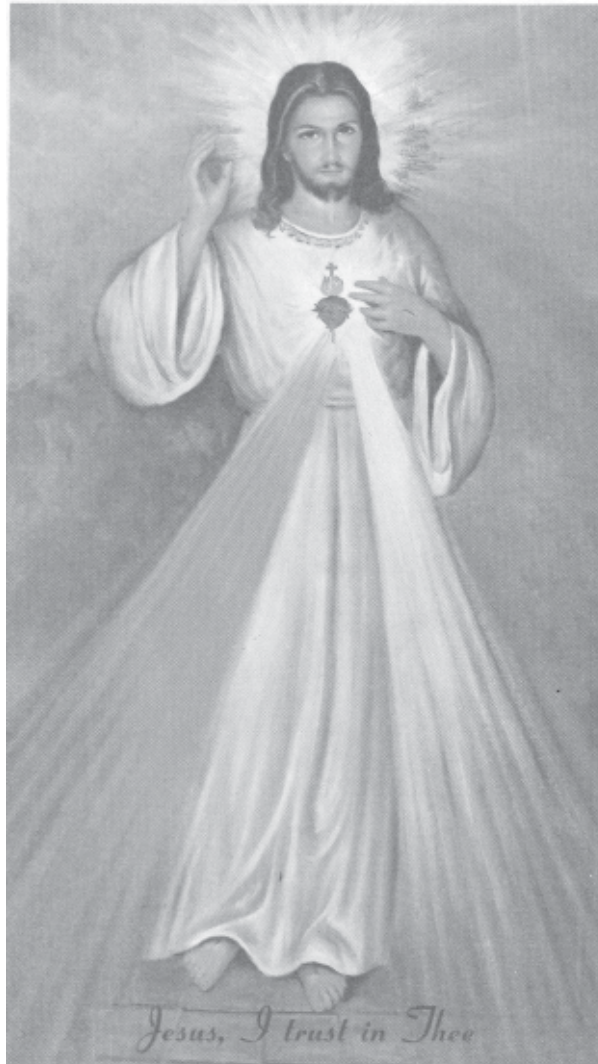
está llamado a «usar misericordia» con los demás: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7)» (*Dives in misericordia*, 14). Y nos señaló, además, los múltiples caminos de la misericordia, que no sólo perdona los pecados, sino que también sale al encuentro de todas las necesidades de los hombres. Jesús se inclinó sobre todas las miserias humanas, tanto materiales como espirituales.

Su mensaje de misericordia sigue llegándonos a través del gesto de sus manos tendidas hacia el hombre que sufre. Así lo vio y lo anunció a los hombres de todos los continentes sor Faustina, que, escondida en su convento de Lagiewniki, en Cracovia, hizo de su existencia un canto a la misericordia: «*Misericordias Domini in aeternum cantabo*».

5. La canonización de sor Faustina tiene una elocuencia particular: con este acto quiero transmitir hoy este mensaje al nuevo milenio. Lo transmito a todos los hombres para que aprendan *a conocer cada vez mejor el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro de los hermanos*.

El amor a Dios y el amor a los hermanos son efectivamente inseparables, como nos lo ha recordado la primera carta del apóstol san Juan: «En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (1 Jn 5, 2). El Apóstol nos recuerda aquí la verdad del amor, indicándonos que su medida y su criterio radican en la observancia de los mandamientos.

En efecto, no es fácil amar con un amor profundo, constituido por una entrega auténtica de sí. Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor



de su caridad. Fijando nuestra mirada en él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de gratuidad y comunión, de generosidad y perdón. *¡Todo esto es misericordia!*

En la medida en que la humanidad aprenda el secreto de esta mirada misericordiosa, será posible realizar el cuadro ideal propuesto por la primera lectura: «En el grupo de los creyentes, todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía» (Hch 4, 32). Aquí la misericordia del corazón se convirtió también en estilo de relaciones, en proyecto de comunidad y en comunión de bienes. Aquí florecieron las «obras de misericordia», espirituales y corporales. Aquí la misericordia se transformó en hacerse concretamente «prójimo» de los hermanos más indigentes.

6. Sor Faustina Kowalska dejó escrito en su *Diario*: «Experimento un dolor tremendo cuando observo los sufrimientos del prójimo. Todos los dolores del prójimo repercuten en mi corazón; llevo en mi corazón sus angustias, de modo que me destruyen también físicamente. Desearía que todos los dolores recayeran sobre mí, para aliviar al prójimo» (p. 365). ¡Hasta ese punto de comunión lleva el amor cuando se mide según el amor a Dios!

En este amor debe inspirarse la humanidad hoy para afrontar la crisis de sentido, los desafíos de las necesidades más diversas y, sobre todo, la exigencia de salvaguardar la dignidad de toda persona humana. Así, el mensaje de la misericordia divina es, implícitamente, también un *mensaje sobre el valor de todo hombre*. Toda persona es valiosa a los ojos de Dios,

Cristo dio su vida por cada uno, y a todos el Padre concede su Espíritu y ofrece el acceso a su intimidad.

7. Este mensaje consolador se dirige sobre todo a quienes, afligidos por una prueba particularmente dura o abrumados por el peso de los pecados cometidos, han perdido la confianza en la vida y han sentido la tentación de caer en la desesperación. A ellos se presenta el rostro dulce de Cristo y hasta ellos llegan los haces de luz que parten de su corazón e iluminan, calientan, señalan el camino e infunden esperanza. ¡A cuántas almas ha consolado ya la invocación «Jesús, en ti confío», que la Providencia sugirió a través de sor Faustina! Este sencillo acto de abandono en Jesús disipa las nubes más densas e introduce un rayo de luz en la vida de cada uno.

8. «*Misericordias Domini in aeternum cantabo*» (Sal 89, 2). A la voz de María santísima, la «Madre de la misericordia», a la voz de esta nueva santa, que en la Jerusalén celestial canta la misericordia junto con todos los amigos de Dios, unamos también nosotros, Iglesia peregrina, nuestra voz.

Y tú, Faustina, don de Dios a nuestro tiempo, don de la tierra de Polonia a toda la Iglesia, concédenos percibir la profundidad de la misericordia divina, ayúdanos a experimentarla en nuestra vida y a testimoniarla a nuestros hermanos. Que tu mensaje de luz y esperanza se difunda por todo el mundo, mueva a los pecadores a la conversión, elimine las rivalidades y los odios, y abra a los hombres y las naciones a la práctica de la fraternidad. Hoy, nosotros, fijando, juntamente contigo, nuestra mirada en el rostro de Cristo resucitado, hacemos nuestra tu oración de abandono confiado y decimos con firme esperanza: «Cristo, Jesús, en ti confío».

Exhortaciones apostólicas de Juan Pablo II

Catechesi tradendae

(16 de octubre de 1979)

Familiaris consortio

(22 de noviembre de 1981)

Redemptionis donum

(25 de marzo de 1984)

Reconciliatio et poenitentia

(2 de diciembre de 1984)

Christifideles laici

(30 de diciembre de 1988)

Redemptoris custos

(15 de agosto de 1989)

Pastores dabo vobis

(25 de marzo de 1992)

Ecclesia in Africa

(14 de septiembre de 1995)

Vita consecrata

(25 de marzo de 1996)

Una esperanza nueva para el Líbano

(10 de mayo de 1997)

Ecclesia in America

(22 de enero de 1999)

Ecclesia in Asia

(6 de noviembre de 1999)

Ecclesia in Oceania

(22 de noviembre de 2001)

Ecclesia in Europa

(28 de junio de 2003)

Pastores gregis

(16 de octubre de 2003)

La Eucaristía en la escuela de María

Después de la celebración del Año Jubilar Juan Pablo II quiso que la Iglesia iniciara este nuevo milenio dirigiendo su mirada a los dos pilares fundamentales de la fe cristiana, la Eucaristía y la Virgen María: Año del Rosario, Año de la Eucaristía, celebración del 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada. Estas celebraciones han venido acompañadas de importantes documentos de su magisterio: carta apostólica Rosarium Virginis Mariae, su última encíclica Ecclesia de Eucharistia y, finalmente, la carta apostólica Mane nobiscum Domine.

Reproducimos a continuación unos fragmentos de la encíclica Ecclesia de Eucharistia en los que invita a los católicos a acercarse a la Eucaristía con María y como María:

53. Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia. En la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, presentando a la Santísima Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo, he incluido entre los misterios de la luz también la institución de la Eucaristía. Efectivamente, María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él.

A primera vista, el Evangelio no habla de este tema. En el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. Hch 1,14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (Hch 2, 42).

Pero, más allá de su participación en el banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer «eucarística» con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.

54. *Mysterium fidei*. Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta. Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: «¡Haced esto en conmemoración mía!», se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María

parece decirnos: «no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “pan de vida”».

55. En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.

Hay, pues, una analogía profunda entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió «por obra del Espíritu Santo» era el «Hijo de Dios» (cf. Lc 1,30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.

«Feliz la que ha creído» (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» —el primer «tabernáculo» de la historia— donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es

acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?

56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al Templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (Lc 2,22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2,34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «stabat Mater» de la Virgen al pie de la cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la cruz.

57. «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!». Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. Jn 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de

Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas.

Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.

58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús.

Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. Lc 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el Magnificat, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su ‘diseño’ programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!



El papa orando ante el Santísimo en la cripta de la catedral de Barcelona

TOTUS TUUS: Juan Pablo II, un papa mariano

JOSÉ M^a ALSINA ROCA

El 16 de octubre de 1978, tras conocerse el resultado de la votación en que el cardenal Wojtyla obtenía los votos necesarios para ser elegido papa, el Cardenal Decano, en nombre de todo el Colegio de los electores, le dirigió solemnemente la pregunta exigida por la circunstancia: «¿Aceptas tu elección canónica para Sumo Pontífice?». La respuesta resonó en la Capilla Sixtina: «En la obediencia de la fe hacia el Cristo mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, consciente de todas las dificultades, acepto». Poco después pronunciaba sus primeras palabras como supremo Pastor de la Iglesia dirigiéndose a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro, allí de nuevo renovaba su profesión de confianza en la Madre de Cristo: «Temía aceptar esta elección, pero lo hice en el espíritu de obediencia a nuestro Señor y en la total confianza en su Santísima Madre. Hoy estoy ante vosotros para expresar nuestra fe común, nuestra esperanza y nuestra confianza en la Madre de Cristo y Madre de la Iglesia».

Sus primeras palabras eran manifestación de su fervor mariano, de igual modo está de manera muy especial reflejado en sus breves escritos testamentarios. Inicia la redacción con las palabras de su lema episcopal *Totus tuus*, y a lo largo de las distintas redacciones reitera su confianza filial en la Madre de Dios y de la Iglesia:

«... me pongo en las manos de la Madre de mi Maestro: *Totus tuus*. En las mismas manos maternas dejo todo y todos aquellos con los que me ha relacionado mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, y también a mi nación y a toda la humanidad»

«...confiando aquel momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia – a la Madre de mi esperanza.»

«En la vida y en la muerte *Totus tuus* mediante la Inmaculada»

«...me encuentro continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a él en su Inmaculada Madre (*Totus tuus*).»

«La victoria, cuando llegue, será una victoria mediante María.»

Desde la muerte del papa se han comentado muchos aspectos de su vida y de su magisterio, pero sin duda su acendrada devoción al Virgen es una de las claves que nos ayuda a entender en profundidad su vida. El mismo, en su libro *Don y Misterio* escri-

to con motivo de sus Bodas de Oro sacerdotales lo comenta, cuando trata de cómo se fraguó su vocación sacerdotal:

«Naturalmente, al referirme a los orígenes de mi vocación sacerdotal, no puedo olvidar la trayectoria mariana. La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. Recuerdo, en la iglesia parroquial, una capilla lateral dedicada a la Madre del Perpetuo Socorro, a la cual por la mañana, antes del comienzo de las clases, acudían los estudiantes del instituto. También, al acabar las clases, en las horas de la tarde, iban muchos estudiantes para rezar a la Virgen.

Además, en Wadowice había sobre la colina un monasterio carmelita, cuya fundación se remontaba a los tiempos de san Rafael Kalinowski. Muchos habitantes de Wadowice acudían allí, y esto tenía su reflejo en la difundida devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También yo lo recibí, creo que cuando tenía diez años, y aún lo llevo. Se iba a los Carmelitas también para las confesiones. De ese modo, tanto en la iglesia parroquial como en la del Carmen se formó mi devoción mariana durante los años de la infancia y de la adolescencia hasta la superación del examen final.

»Cuando me encontraba en Cracovia, en el barrio Debniki, entré en el grupo del “Rosario Vivo”, en la parroquia salesiana. Allí se veneraba de modo especial a María Auxiliadora. En Debniki, en el período en el que iba tomando fuerza mi vocación sacerdotal, gracias también al mencionado influjo de Jan Tyranowski, mi manera de entender el culto a la Madre de Dios experimentó un cierto cambio. Estaba ya convencido de que María nos lleva a Cristo, pero en aquel período empecé a entender que también Cristo nos lleva a su Madre. Hubo un momento en el cual me cuestioné de alguna manera mi culto a María, considerando que éste, si se hace excesivo, acaba por comprometer la supremacía del culto debido a Cristo. Me ayudó entonces el libro de san Luis María Grignon de Montfort titulado *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. En él encontré la respuesta a mis dudas. Efectivamente, María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo. El tratado de san Luis María Grignon de Montfort puede cansar un poco por su estilo un tanto enfático y barroco, pero la esencia de las verdades teológicas que contiene es incontestable.

ble. El autor es un teólogo notable. Su pensamiento mariológico está basado en el Misterio trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo de Dios.

»Comprendí entonces por qué la Iglesia reza el Ángelus tres veces al día. Entendí lo cruciales que son las palabras de esta oración: “El ángel del Señor anunció a María. Y ella concibió por obra del Espíritu Santo... He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...”. ¡Son palabras verdaderamente decisivas! Expresan el núcleo central del acontecimiento más grande que ha tenido lugar en la historia de la humanidad.

»Esto explica el origen del *Totus tuus*. La expresión deriva de san Luis María Grignion de Montfort. Es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: *Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, María*.

»De ese modo, gracias a san Luis, empecé a descubrir todas las riquezas de la devoción mariana desde una perspectiva en cierto sentido nueva. Por ejemplo, cuando era niño escuchaba “Las Horas de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María”, cantadas en la iglesia parroquial, pero sólo después me di cuenta de la riqueza teológica y bíblica que contenían. Lo mismo sucedió con los cantos populares, por ejemplo con los cantos navideños polacos y las Lamentaciones sobre la Pasión de Jesucristo en Cuaresma, entre las cuales ocupa un lugar especial el diálogo del alma con la Madre Dolorosa.

»Sobre la base de estas experiencias espirituales fue perfilándose el itinerario de oración y contemplación que orientó mis pasos en el camino hacia el sacerdocio, y después en todas las vicisitudes sucesivas hasta el día de hoy. Este itinerario desde niño, y más aún como sacerdote y como obispo, me llevaba frecuentemente por los senderos marianos de Kalwaria Zebrzydowska. Kalwaria es el principal santuario mariano de la archidiócesis de Cracovia. Iba allí con frecuencia y caminaba en solitario por aquellas sendas presentando en la oración al Señor los diferentes problemas de la Iglesia, sobre todo en el difícil período que se vivía bajo el comunismo. Mirando hacia atrás constato cómo “todo está relacionado”: hoy como ayer, nos encontramos con la misma intensidad en los rayos del mismo misterio.»

Repetidas veces ha hecho mención de la importancia que ha tenido en su vida el haber entrado en contacto con la doctrina montfortiana: «San Luis María Grignion de Montfort constituye para mí una significativa figura de referencia, que me ha iluminado en momentos importantes de la vida. Cuando trabajaba en la fábrica Solvay de Cracovia siendo

seminarista clandestino, mi director espiritual me aconsejó meditar en el *Tratado de la verdadera devoción a la santísima Virgen*. Leí y releí muchas veces y con gran provecho espiritual este valioso librito de ascética, cuya portada azul se había manchado con sosa cáustica. Al poner a la Madre de Cristo en relación con el misterio trinitario, Montfort me ayudó a comprender que la Virgen pertenece al plan de la salvación por voluntad del Padre, como Madre del Verbo encarnado, que concibió por obra del Espíritu Santo. Toda intervención de María en la obra de regeneración de los fieles no está en competición con Cristo, sino que deriva de él y está a su servicio. La acción que María realiza en el plan de la salvación es siempre cristocéntrica, es decir, hace directamente referencia a una mediación que se lleva a cabo en Cristo. Comprendí entonces que no podía excluir a la Madre del Señor de mi vida sin dejar de cumplir la voluntad de Dios trino, que quiso «comenzar a realizar» los grandes misterios de la historia de la salvación con la colaboración responsable y fiel de la humilde Esclava de Nazaret.»

Su primer viaje apostólico a México, estuvo motivado de un modo especial y explícito por su deseo de visitar el santuario de la Virgen de Guadalupe, allí pudo comprobar personalmente el mismo fervor popular que él había conocido desde niño en su querido santuario de Jasna Gora. En Guadalupe pronunciará, desde el pontificado, la primera consagración a la Virgen. Recordemos algunos fragmentos:

«.. Madre de misericordia, Maestra del sacrificio escondido y silencioso, a ti, que sales al encuentro de nosotros, los pecadores, te consagramos en este día todo nuestro ser y todo nuestro amor.

»Te consagramos también nuestra vida, nuestros trabajos, nuestras alegrías, nuestras enfermedades y nuestros dolores.

»Da la paz, la justicia y la prosperidad a nuestros pueblos; ya que todo lo que tenemos y somos lo ponemos bajo tu cuidado, Señora y Madre nuestra.

»Queremos ser totalmente tuyos y recorrer contigo el camino de una plena felicidad a Jesucristo en su Iglesia: no nos sueltes de tu mano amorosa. Virgen de Guadalupe, Madre de las Américas, te pedimos por todos los obispos, para que conduzcan a los fieles por senderos de intensa vida cristiana, de amor y de humilde servicio a Dios y a las almas».

En su viajes posteriores, empezando por el de Polonia, en su visita a los santuarios marianos del lugar va a reiterar la consagración a la Virgen. Después de su atentado ocurrido en el 13 de mayo de 1981, va a realizar las consagraciones más significativas de su pontificado. Interpreta el hecho del

atentado y haber salvado su vida como una llamada de la Virgen de Fátima a consagrar el mundo a su Corazón Inmaculado. Aquel mismo año, el 7 de junio, mandará realizar la consagración, que él mismo repetirá en su viaje a Fátima el año siguiente, y como consecuencia de la actitud de Lucía que consideraba que no se habían cumplido las condiciones que había pedido la Virgen, convoca para el 25 de marzo de 1984 a todos los obispos y con ellos a toda la Iglesia a renovar la consagración de todo el mundo y de un modo especial los pueblos más necesitados de ella. Transcribimos a continuación unos fragmentos:

«Hace cuarenta años, y luego diez años después, tu siervo, el papa Pío XII, teniendo ante tus ojos las dolorosas experiencias de la familia humana, ha confiado y consagrado a tu Corazón Inmaculado todo el mundo y especialmente los pueblos que, por su situación, son objeto particular de Tu amor y de Tu solicitud.

»Este mundo de los hombres y de las naciones lo tenemos ante los ojos también hoy; el mundo del segundo milenio que está por terminar, el mundo contemporáneo, nuestro mundo.

»La Iglesia, recordando aquellas palabras del Señor: “Id ... y enseñad a todas las naciones... He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20), ha reavivado, en el Concilio Vaticano II, la conciencia de su misión en este mundo.

»Y por eso, oh Madre de los hombres y de los pueblos, tú que conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, que sacuden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, dirigimos directamente a tu Corazón: abraza, con amor de Madre y de Sierva del Señor, este nuestro mundo humano, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietudes por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos. De un modo especial te confiamos y consagramos aquellos hombres y aquellas naciones, que de esta entrega y de esta consagración tienen particular necesidad.

»Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la

cual en su divino Corazón, tiene la fuerza de obtener el perdón y de procurar la reparación.

»La fuerza de esta consagración dura para todos los tiempos y abraza a todos los hombres, los pueblos y las naciones, y supera todo mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de provocar en el corazón del hombre y en su historia y que, de hecho, ha provocado en nuestros tiempos.

»Oh ¡Cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! La obra redentora de Cristo, en efecto, debe ser participada por el mundo por medio de la Iglesia. Confiando a ti, oh Madre, el mundo, todos los hombres y todos los pueblos, te confiamos, también la misma consagración del mundo, poniéndola en tu Corazón materno.

»¡Oh Corazón Inmaculado! ¡Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en el corazón de los hombres de hoy y que en sus efectos inconmensurables ya grava sobre la vida presente y

parece cerrar los caminos hacia el futuro!

»Que se revele, aún por esta vez, en la historia del mundo el infinito poder salvífico de la Redención: poder del Amor Misericordioso! ¡Que él detenga el mal! ¡Transforme las conciencias! ¡Que en tu Corazón Inmaculado se manifieste a todos la luz de la esperanza! Amén.»

La entrega confiada a María como realización del mandato de su Hijo, clave central de todo su pontificado era recordada con emotivas palabras por el cardenal Ratzinger en su homilía pronunciada durante el funeral celebrado en la plaza de San Pedro: «El Santo Padre encontró el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. Él, que había perdido a su madre cuando era muy joven, amó todavía más a la Madre de Dios. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si estuvieran dirigidas a él personalmente: “¡Aquí tienes a tu madre!”. E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo de su ser (“eis ta idia”: Juan 19,27) – *Tous tuus*. Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo».

Esa es la revelación de la raíz de sus veintiséis años de pontificado como testigo y maestro de su entrega a Dios con María.



Juan Pablo II, el papa de Fátima

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El sorprendente nombre de Fátima, que desde 1917 expresa en la Iglesia el anunciado triunfo del Inmaculado Corazón de María por el que Cristo quiere salvar a los hombres, ha marcado el pontificado de Su Santidad el papa Juan Pablo II, que desde su inicio hasta su final estará para siempre vinculado a la advocación de Nuestra Señora de Fátima.

Este pontificado se inicia en la tarde del 16 de octubre de 1978, fiesta de la mensajera de la misericordia del Corazón de Jesús, santa Margarita María de Alacoque, cuando, tras la esperada *fumata* blanca, apareció en el balcón vaticano el hasta entonces cardenal de Cracovia Karol Wojtyła, y transmitió sus primeras y animosas palabras: «*No tengáis miedo*»; y nos dio la razón de ésta su confianza: «*Totus tuus*».

Pareció lógico que el cardenal polaco adoptara como papa el nombre de Juan Pablo II en honor a sus antecesores, pero sorprendió el anunciado lema: «*Totus tuus*», cuyo sentido entonces muchos desconocían, pero que mostraba su devoción mariana auténtica y moderna, aprendida del profeta del triunfo de María, san Luis María Grignon de Montfort. El nuevo papa quiso transmitir esta esperanza a la Iglesia que Cristo le confiaba, y que desde el primer día se propuso ponerse «*del todo*» en manos de María: «*Totus tuus ego sum*».

En 1981, transcurridos poco más de dos años, la vinculación del papa del «*Totus tuus*» con Nuestra Señora de Fátima pasó del plano programático, doctrinal, y de piedad íntima del pontífice, a su realización concreta en la forma más personal, vital y directa, mediante el atentado del 13 de mayo, día de la fiesta de Nuestra Señora de Fátima, a la hora de sus apariciones. Durante la audiencia general en la plaza de San Pedro, mientras pasaba bendiciendo a la muchedumbre, un pistolero profesional, que no podía fallar un blanco tan fácil a tan pocos metros de distancia, realizó sobre él tres disparos que debían ser mortales de necesidad. El Papa se inclinó sobre su fiel secretario Estanislao Dziwisz, repitiendo «*¡Madre mía, madre mía!*». En su testamento ha reconocido que ese día «*la divina Providencia me salvó milagrosamente de la muerte*», y ya antes, en 1994, había dicho a los obispos italianos «*Una mano materna guió la trayectoria de la bala, y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte.*» Esta bala que le atravesó el cuerpo está desde hace años engarzada en la corona de la Virgen de Fátima.

Al año siguiente, preparando su viaje de acción

de gracias a Fátima, el 5 de marzo 1982 escribe en su testamento: «*Tras el atentado contra mi vida el 13 de mayo de 1981... siento tan profundamente que me encuentro totalmente en manos de Dios y que quedo continuamente a la disposición de mi Señor, que me confió a él a través de su Inmaculada Madre*».

También en su testamento Juan Pablo II escribe: «El 16 de octubre de 1978, el cónclave de los cardenales me designó como Juan Pablo II, y el cardenal primado de Polonia Stefan Wyszyński me dijo: “El deber del nuevo papa será introducir a la Iglesia en el tercer milenio”. Este es el sentido que yo escuché del hombre que ha pasado a la historia como el Primado del Milenio. Un gran primado, yo he sido testigo de su misión, de su total convicción, de sus luchas, de su victoria. “La victoria, cuando llegue, será una victoria a través de María”. Estas palabras de su predecesor, el cardenal Augusto Holand, solía repetir las Stefan Wyszyński, «el Primado del Milenio».

Introducir a la Iglesia en el tercer milenio y preparar la victoria de Cristo, que llega a través de María, fue la misión de Juan Pablo II. Pero para llegar al tercer milenio debía conducir la nave de la Iglesia al menos durante los 22 años que le restaban al siglo xx hasta el año 2000.

El xx ha sido el siglo de las mayores catástrofes, y de las dos mayores y más mortíferas guerras de la historia de la humanidad. Fue en el año 1917, fin de la primera de ellas y del triunfo de la Revolución que implantó el comunismo en Rusia, cuando la Virgen María, la «*Señora más brillante que el sol*», se aparecía en Fátima como nueva Auxiliadora de los cristianos, pidiéndoles oración y penitencia.

Lucía escribe que el 13 de junio de 1917 le dijo la Virgen María: «Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y habrá paz, la guerra se acabará. Pero si no se deja de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor... para impedirlo deberéis pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si se atienden mis peticiones Rusia se convertirá y habrá paz; si no, expandirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia. Los buenos serán martirizados. El Santo Padre deberá sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi corazón triunfará. El Papa me consagrará Rusia, que se

convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz».

Pero no sólo no se hizo lo que pedía Nuestra Señora, sino que los hombres se ufanaron en edificar su ciudad contra Dios, y el siglo xx fue el de su castigo mediante el comunismo. El mensaje de Fátima tardó en conocerse, pero una vez conocido, no fue atendido, y el comunismo extendió sus errores y violencias por medio mundo, combatiendo a la Iglesia, y el siglo xx fue el siglo de los mártires.

Sedicientes profetas presentaban entonces al comunismo como el anunciado anticristo, el hombre de «la apostasía, el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone a todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo.» (II Tes 2,3-4) pero ya el padre Orlandis decía en los años 50 que algo tan burdo, grosero y materialista, que causaba millones de mártires pero no de apóstatas, no podía ser el anticristo, sino sólo un castigo temporal al Occidente apóstata.

Juan Pablo II, que había conocido personalmente la crueldad de este castigo en su martirizada Polonia, sabía que el comunismo no era ruso sino occidental, una herejía importada de Europa injertada en Rusia, y exportada por ella, como castigo y amenaza al mundo. Pero conocía también que María había anunciado en Fátima que la consagración de Rusia a su Corazón Inmaculado provocaría su desaparición, y Juan Pablo II se sabía su instrumento para llevarla a cabo.

A su llegada al pontificado halló un mundo angustiado por el temor de una hecatombe nuclear, y se sintió urgido a acatar ya cumplidamente lo pedido por María: «*El Papa me consagrará Rusia*»; así lo hizo, y el régimen comunista se desplomó; el castigo que duraba ya setenta años, cesó de repente, pues el comunismo de ayer, como el liberalismo anticristiano de hoy, están en manos de Dios que les da el tiempo que quiere, y Dios había elegido a Juan Pablo II, para empujar la piedrecilla que, a instancias de María, iba a derribar la estatua de este terrible imperio soviético, nuevo Nabucodonosor, como del que dijo el profeta Daniel:

«... la gran estatua era enorme y su brillo extraor-

dinario; se erguía y su aspecto era temible. Su cabeza era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus lomos, de bronce; sus muslos de hierro, y sus pies parte de hierro y parte de arcilla. Tu rey, la estabas mirando, cuando se desgajó una piedra sin que interviniera mano alguna e hirió a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los pulverizó. Entonces pulverizáronse a una el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro,

el bronce, la plata y el oro, y vinieron a ser como el polvo de la era en verano, fueron arrebatados por el viento, sin que quedara ya ni rastro de ellos; pero la piedra que hiriera la estatua se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra» (Dan.2,31-35).

Juan Pablo II, inducido por María, propició el derrumbe de la nueva y temible estatua. Lo recuerda Lech Walesa: «Sin Juan Pablo II hubiera reunido con suerte a diez que me siguieran, con él, después de su primera visita a Polonia, en 1979 nos convertimos en diez millones». Ahora los analistas dicen que el comunismo cayó por sí solo, porque era inviable y antinatural, pero en los años setenta y ochenta no sólo nadie lo veía así, sino que hasta quien se atrevía a declararse anticomunista tenía al Imperio soviético por un gigante sólido, terrible y amenazante, al que

había que combatir sin descanso, mientras que la intelectualidad ilustrada y progresista lo declaraba científico, y su victoria ineluctable, sólo cuestión de tiempo.

Juan Pablo II, preparado en el sufrimiento de su Polonia mártir, fue el instrumento designado por María para librarnos sin la temida guerra del amenazador imperio comunista, como él mismo reconoce en su testamento, en su versión del año 2000: «Desde el otoño de 1989 la difícil y tensa situación general que marcó la década de los ochenta, ha cambiado. El último decenio del siglo pasado ha estado libre de las tensiones anteriores, aunque esto no significa que no hayan surgido nuevos problemas y dificultades. Sea alabada especialmente la divina Providencia porque el periodo de la llamada “guerra fría” terminó sin el violento conflicto nuclear que pesaba sobre el mundo en el periodo precedente.»

Si el comunismo, como las murallas de Jericó, cayó sin explicación natural, y la piedrecita que



movió a Juan Pablo II a herir los pies de la estatua del coloso sistema político y económico esclavizador de almas y cuerpos, fue la Virgen María, el anunciado triunfo de su Corazón Inmaculado, no ha llegado aun, pues el imperio soviético dueño de medio mundo, enemigo oficial de la religión, verdugo de millones de mártires, ha sido sustituido por el imperio democrático del liberalismo anticristiano, que domina ya sin rival el mundo en todos sus campos: económico, cultural social, y político, y pretende que, mediante la sumisión a sus principios, le acate también la única institución religiosa con autoridad moral en el mundo, que, como se ha comprobado con el reciente fallecimiento del Papa, es la Iglesia católica.

Juan Pablo II en su largo pontificado cumplió sus dos misiones: «Llevar a la Iglesia al tercer milenio», y proclamar que «La victoria, cuando llegue, será a través de María». Para culminar su primera misión de llevar a la Iglesia al tercer milenio, preparó su llegada con el gran Jubileo del año 2000, precedido por un trienio dedicado a la Santísima Trinidad.

Consciente de que el tiempo de su pontificado se había colmado, decidió también culminarlo cumpliendo del todo su segunda misión, tal como había hecho desde su inicio: completando la glorificación de Nuestra Señora de Fátima. Así en el año 2000, comienzo del nuevo milenio, procedió a beatificar en el lugar de las apariciones a los dos pastorcillos que vieron a la Virgen: Jacinta y Francisco, como refrendo por la Iglesia de lo que Fátima significa, y declarando «El mensaje de Fátima es más actual hoy que en 1917».

Tras la ceremonia de beatificación hizo que se anunciara la esperada publicación de la tercera parte del secreto de Fátima, secreto que, en esencia no difiere de las dos restantes partes ya conocidas. Nos confirma que María compasiva detiene el castigo merecido por los hombres: «el ángel dijo con fuerte voz «¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!», mientras con la espada de fuego parecía iba a incendiar el mundo, pero sus llamas se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él».

Pero explica algo más sobre el futuro: «Vimos un obispo vestido de blanco... con otros obispos, sacerdotes y religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran cruz de maderos toscos... El Santo Padre antes de llegar a ella atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas al pie de la

gran cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».

Por más que se insista en interpretar el texto refiriéndolo sólo a un pasado tenebroso, tenido por felizmente superado, y que no ha de volver: y que se cumpliría con el atentado del Papa de 1981 y las persecuciones sufridas durante el terror comunista, hay que convenir que los hechos pasados no coinciden bien con lo anunciado en 1917, y parece que podría anunciar acontecimientos graves aun por suceder, pues como toda profecía, no se comprende del todo hasta su cumplimiento.

Lucía, la tercera vidente de Nuestra Señora de Fátima, redactora de sus mensajes y de su tercer «secreto», cumplida también su misión, fallecía en Febrero de 2005. Siete semanas después Juan Pablo II, cubierto también su camino, el primer sábado de abril con su emblema de salvaguarda, «*Totus tuus*», se presentaba ante la madre de misericordia, «la Señora más brillante que el sol» pidiéndole que le acompañase como abogada benévola ante el trono de su Hijo, a darle cuenta de cómo había cumplido como siervo bueno y fiel su encargo de cuidar en su nombre durante veintiséis años de su Santa Iglesia y llevarla al tercer milenio, habiendo anunciado también la esperanza del próximo triunfo de María que prepare la venida del reino de Cristo.

A María, que encomendó a Juan Pablo II ser el iniciador del desplome de la persecución comunista, le pedimos que encomiende a su sucesor en la Cátedra de Pedro la no menos difícil misión de librarnos también del mal del laicismo liberal que le ha seguido, religión del anticristo que provoca hoy la apostasía de los hombres por millones, y así se cumpla la parte restante de la profecía: que Rusia convertida, haga que María llegue a ser la gran montaña que llene toda la tierra. Ella que es la aurora que anuncia la venida de Cristo, prepare el advenimiento de su reinado en el mundo, como nos profetizó san Luis María Grignon de Montfort, el fundador y primer santo del *Totus tuus*, el maestro de Juan Pablo II, quien le enseñó la doctrina que el Papa nos deja: «Al consagrarnos al Inmaculado Corazón de María, hallamos el camino seguro hacia el Sagrado Corazón de Jesús, símbolo del amor misericordioso de nuestro Salvador».

La familia, fundamento de la cultura de la vida

GERARDO MANRESA PRESAS

La cultura de la muerte

Desde la segunda mitad del siglo pasado, en lo que se llama el primer mundo o países desarrollados se ha desatado una loca carrera para alcanzar el máximo nivel de desarrollo económico. Para su logro, ¡todo es válido! El objetivo es alcanzar lo que se ha llamado la sociedad del bienestar, es decir, una situación en la que se puedan satisfacer todos los caprichos que tenga la persona. Se crea un clima en que *el tener* es el máximo bien. Para lograrlo el Estado y los grandes poderes económicos han sometido al hombre a una presión de propaganda tal, que éstos ha perdido de vista todo otro objetivo que el puramente de satisfacer sus deseos. Así hoy los lugares de «culto» más visitados son los supermercados y no tienen bastante con seis días laborables, sino que precisan también de los domingos. ¡Siempre hay algo que no tenemos!

Lógicamente el consumo en todas estas compras que tenderán a satisfacer nuestros egoísmos, la sociedad del bienestar, no nos dejan ni tiempo ni recursos para lo demás.

Pero no acaba aquí el problema, pues en los países no tan desarrollados, por presión de los anteriores, se ha creado una especie de carrera para ver de tardar el mínimo tiempo posible en llegar al nivel económico del llamado «bienestar». ¡Y si pudiera decirse, el problema es más grave, pues al tener menos posibilidades económicas las personas quedan tan o más esclavizadas!

Todas ellas, tanto en unas sociedades como en otras, están obsesionadas por esta ansia de poseer y el Estado, para evitar la protesta y la oposición a este plan diseñado por él y los grandes grupos financieros, alimenta este «desarrollo» con propaganda y, al mismo tiempo, ha eliminado toda norma moral que pueda limitar la consecución de este fin y no ha dudado en ofrecer al hombre entregarse a sus pasiones y así el poder, el dinero y el sexo, principalmente, han pasado a ser el primer objetivo de muchos ciudadanos. El papa Juan Pablo II llamó a esto *la cultura de la muerte*.

Esta cultura de las sociedades ricas ha hecho, y sigue haciendo, que estos países roben, arruinen y vean morir sin inmutarse a los países más pobres y que la miseria impere en la mayor parte de países de nuestro mundo.

La familia, principal afectada

Todo esto ha traído como consecuencia, que todo lo que no sea para satisfacer los caprichos personales y pueda representar un sacrificio debe ser rechazado. El hedonismo social ha llegado a su máximo grado. Consecuentemente esta situación ha afectado, no solamente a la solidaridad entre los países ricos y pobres, sino a otras muchas facetas sociales de cada país, pero, sin duda, la más importante es la familia.

La familia, núcleo primario y principal de la sociedad, se ha visto rotundamente afectada con el criterio impuesto desde arriba de que los hijos son una carga económica y que nos impiden alcanzar bienes que dan satisfacción a nuestras pasiones.

La utilización de los medios anticonceptivos trajeron, como consecuencia lógica, el divorcio, y, siguiendo el mismo criterio lógico, el divorcio trajo el aborto. Este proceso, que se inició en los países más desarrollados, ha sido trasladado como ejemplo de los «adelantos» occidentales a todas las familias del mundo.

De esta forma hemos llegado a una situación cómica en que la natalidad de los países más ricos del mundo es la más baja y, desde estos mismos países, se critica la alta natalidad de los países pobres y se hacen campañas para su control, pues dicen que «siendo tan pobres no puede ser que tengan tantos hijos». ¡Y si no cumplen estas directrices, se les elimina toda ayuda económica!

Esto es lo que el papa Juan Pablo II no se ha cansado de denunciar durante los casi 27 años de pontificado: ¡No se ama la vida, se busca la comodidad, el egoísmo!

Lo que más dolía a Juan Pablo II era que las naciones cristianas, incluso hijas de la Iglesia, eran las más avanzadas en este horroroso pecado y, no sólo, justificaban y apoyaban esta cultura de la muerte, sino que la acentuaban, pues, no contentos con ello, han desarrollado y expandido la mayor aberración de la naturaleza que se pueda encontrar y es la aprobación y apoyo a la legalización de parejas de homosexuales con el mismo derecho que las familias y su derecho a la adopción de niños.

Como se puede ver esto es la mayor rotura del orden natural puesto por Dios en la naturaleza. El hombre quiere instaurar un orden nuevo sin Dios.

Es el paso previo al cumplimiento de la frase que pronunció la serpiente diabólica en el paraíso terrenal: *Seréis como dioses*.

Juan Pablo II, el papa de la familia

La Iglesia, que es Madre, siempre ha ido exhortando y explicando a sus fieles y a los hombres de buena voluntad el orden natural puesto por Dios y entregado hace más de 3000 años en el monte Sinaí, a su pueblo escogido: los diez Mandamientos. En cada momento, ha enseñado cómo se debía recorrer este camino y donde debía buscar el apoyo ante las dificultades. Su magisterio, especialmente desde León XIII ha sido muy fecundo.

Pero ante la avalancha que se nos ha venido encima, el papa Juan Pablo II ha acudido rápidamente en auxilio de sus hijos y para evitar su caída y para ayudarnos a salir del pozo, en el que hemos podido caer, ha ido directamente al único lugar desde donde puede restablecerse el orden en la sociedad: *la familia*. Para mantenernos en lo que él llama *la cultura de la vida*, es decir el orden natural y moral puesto por Dios en la sociedad, el único camino es el de salvar la familia de todas las agresiones y, sólo la familia, como base de la sociedad, es capaz de cambiar los criterios que quiere imponer el demonio, la cultura de la muerte.

Juan Pablo II es llamado *el Papa de la vida*, por su lucha constante contra esta cultura de la muerte, la más grave «enfermedad» que haya podido existir. Nunca ha dejado de hablar en este campo y en cada uno de sus viajes ha sido, junto con la Eucaristía y la Virgen María, el tema en que más ha insistido. A la denuncia de la cultura de la muerte siempre presentaba unida la solución: la familia vivida según la ley de Dios.

Desde el primer momento de su pontificado, Juan Pablo II vio el problema y una de las primeras reuniones sinodales que convocó fue el Sínodo de la Familia. Entre el 26 de septiembre y el 25 de octubre de 1980 se reunieron en Roma los padres sinodales y trataron el tema muy a fondo.

Como se ha visto más tarde, éste era uno de los temas predilectos del Papa que quería ser recordado como el Papa de la familia.

La exhortación apostólica «*Familiaris consortio*»

Fruto de los trabajos de este Sínodo fue la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, que fue publicada el 22 de noviembre del año 1981, en la solemnidad de Jesucristo Rey del universo.

Es un documento muy completo que resume de forma muy clara toda la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia. Cristiandad lo publicó en el número de nov-dic 1981. Esta exhortación pastoral ha sido la referencia constante de Juan Pablo II en sus discursos sobre la familia en sus innumerables viajes por todo el mundo.

Sobre dicho documento, decía Francisco Canals en el editorial de aquel número de CRISTIANDAD:

«Formularemos sólo algunas llamadas de atención sobre aspectos especialmente significativos. En primer lugar la reafirmación de que la Iglesia tiene conciencia de formular sus enseñanzas sobre el matrimonio y sobre la familia como parte del anuncio del Evangelio de Dios revelado en Cristo.

»El Papa habla en este punto del «sentido de la fe» de que participan los fieles, animados por el Espíritu Santo que vivifica a la Iglesia. Y advierte que este «sentido de la fe» no puede ser confundido con un consentimiento universal de opiniones humanas, ni con la opinión de la mayoría. La sociología y la estadística no son, por sí mismas, criterio seguro para descubrir este “sentido sobrenatural” de la fe.

»Teólogos y expertos pueden contribuir a aclarar la doctrina y aportar sus experiencias. Pero no pueden sustituir la voz de los Pastores de la Iglesia, únicos auténticos maestros que tienen deber de orientar y alimentar aquel sentido de la fe.

»En este sentido se mueve siempre el riquísimo tesoro doctrinal de la *Familiaris consortio*: comprensión teológica del matrimonio y de la paternidad; valoración de la virginidad y del matrimonio como formas de vocación cristiana; unidad e indisolubilidad del matrimonio; reafirmación de la doctrina de la *Humanae vitae*, e iluminación de la diferencia radical entre los métodos naturales de regulación de la natalidad y los artificios opuestos a la dignidad humana de la vida sexual.»

Hoy día, a los veinticuatro años de su publicación, quisiéramos también destacar dos puntos importantes que ahora las familias cristianas pueden necesitar más.

Por un lado el documento nos recuerda y nos muestra a los esposos y, consecuentemente a toda la familia, dónde hemos de buscar la fuerza y la ilusión de nuestra vida familiar, constatando que los esposos participan del misterio de la vida y del amor del mismo Dios,

«Es la alianza con la Sabiduría divina la que debe ser más profundamente reconstruida en la cultura actual. De tal Sabiduría todo hombre ha sido hecho partícipe por el mismo gesto creador de Dios. Y es únicamente en la fidelidad a esta alianza como las

familias de hoy estarán en condiciones de influir positivamente en la construcción de un mundo más justo y fraterno» (FC 8).

Y nos recuerda en otro momento:

«Por esto, la Iglesia no cesa nunca de invitar y animar, a fin de que las eventuales dificultades conyugales se resuelvan sin falsificar ni comprometer jamás la verdad. Esta plenamente convencida de que no puede haber verdadera contradicción entre la ley divina y la transmisión de la vida y la de favorecer el auténtico amor conyugal» (FC33).

Y nos indica que entre las condiciones espirituales necesarias para comprender y vivir el valor y la norma moral «se deben incluir la paciencia, la humildad y la fortaleza de ánimo, la confianza filial en Dios y en su gracia, el recurso frecuente en la oración y a los sacramentos de la Eucaristía y la reconciliación» (FC 33).

Por otro lado, en esta unión con Dios en la Eucaristía, es donde la familia encuentra la fuerza para su misión apostólica:

«La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio

de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y amor. (...) La familia cristiana edifica además el Reino de Dios en la historia mediante esas mismas realidades cotidianas que tocan y distinguen su condición de vida. Es por ello que el amor conyugal y familiar –vivido en su extraordinaria riqueza de valores y exigencias de totalidad, unicidad, fidelidad y fecundidad– es donde se expresa y realiza la participación de la familia cristiana en la misión profética, sacerdotal y real de Jesucristo y de su Iglesia. El amor y la vida constituyen por lo tanto el núcleo de la misión salvífica de la familia cristiana en la Iglesia y en el mundo» (FC 50).

En esta nueva situación social, más degradada que nunca, creo que la relectura de la exhortación apostólica *Familiaris consortio* nos permitirá encontrar el consuelo, la fuerza y la ilusión para recomenzar la misión que nos toca realizar ahora y en la que Juan Pablo II tenía puesta tanta ilusión, llamándola: *la nueva evangelización*.

Como colofón a estas líneas de exhortación a la relectura del documento, copiamos la conclusión del mismo. Aunque hace veinticuatro años que se escribió, la negativa evolución de las decisiones sobre la familia que se han tomado en nuestra sociedad en estos últimos años, no sólo no le han restado actualidad sino que la hacen mucho más oportuna.

«Familiaris consortio» (conclusión)

A vosotros esposos y a vosotros padres y madres de familia.

A vosotros jóvenes que sois el futuro y la esperanza de la Iglesia y del mundo, y seréis los responsables de la familia en el tercer milenio que se acerca.

A vosotros, venerables y queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hijos religiosos y religiosas, almas consagradas al Señor, testimoniáis a los esposos la realidad última del amor de Dios.

A vosotros hombres de sentimientos rectos, que por diversas motivaciones os preocupáis por el futuro de la familia, se dirige esta exhortación apostólica.

¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!

Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia.

A este respecto, siento el deber de pedir un empeño particular a los hijos de la Iglesia. Ellos, que mediante la fe conocen plenamente el designio ma-

ravilloso de Dios, tienen una razón de más para tomar con todo interés la realidad de la familia en este tiempo de prueba y de gracia.

Deben amar de manera particular a la familia. Se trata de una consigna concreta y exigente.

Amar a la familia significa saber estimar sus valores y posibilidades, promovéndolos siempre. Amar a la familia significa individuar los peligros y males que la amenazan, para poder superarlos. Amar a la familia significa esforzarse por crear un ambiente que favorezca su desarrollo. Finalmente, una forma eminente de amor es dar a la familia cristiana de hoy, con frecuencia tentada por el desánimo y angustia por las dificultades crecientes, razones de confianza en sí misma, en las propias riquezas de la naturaleza y gracia, en la misión que Dios le ha confiado: «Es necesario que las familias de nuestro tiempo vuelvan a remontarse más alto. Es necesario que sigan a Cristo» (182).

Corresponde también a los cristianos el deber de anunciar con alegría y convicción la «buena nueva» sobre la familia, que tiene necesidad de volver a escuchar siempre de nuevo y de entender cada vez

mejor las palabras auténticas que le revelan su identidad, sus recursos interiores, la importancia de su misión en la Ciudad de los hombres y en la de Dios.

La Iglesia conoce el camino por donde la familia puede llegar al fondo de su más íntima verdad. Este camino, que la Iglesia ha aprendido en la escuela de Cristo y en el de la historia, —interpretada a la luz del Espíritu— no lo impone, sino que siente en sí la exigencia apremiante de proponerla a todos sin temor, es más, con gran confianza y esperanza, aún sabiendo que la «buena nueva» conoce el lenguaje de la Cruz. Porque es a través de ella como la familia puede llegar a la plenitud de su ser y a la plenitud de su amor.

Finalmente, deseo invitar a todos los cristianos a colaborar cordial y valientemente con todos los hombres de buena voluntad, que viven su responsabilidad al servicio de la familia. Cuantos se consagran a su bien dentro de la Iglesia, en su nombre o inspirados por ella, ya sean individuos o grupos, movimientos o asociaciones, encuentran frecuentemente a su lado personas e instituciones diversas que trabajan por el mismo ideal. Con fidelidad a los valores del Evangelio y del hombre, y con respeto a un legítimo pluralismo de iniciativas, esta colaboración podrá favorecer una promoción más rápida e integral de la familia.

Ahora, al concluir este mensaje pastoral, que quiere llamar la atención de todos sobre el cometido pasado pero atractivo de la familia cristiana, deseo invocar la protección de la Sagrada Familia de Nazaret.

Por misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es pues el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas. Aquella familia, única en el mundo, que transcurrió una existencia anónima y silenciosa en un pequeño pueblo de Palestina; que fue probada por la pobreza, la persecución y el exilio; que glorificó a Dios de manera incomparablemente alta y pura, no dejará de ayudar a las familias cristianas, más aún, a

todas las familias del mundo, para que sean fieles a sus deberes cotidianos, para que sepan soportar las ansias y tribulaciones de la vida, abriéndose generosamente a las necesidades de los demás y cumpliendo gozosamente los planes de Dios sobre ellas.

Que san José, «hombre justo», trabajador incansable, custodio integérrimo de los tesoros a él confiados, las guarde, proteja e ilumine siempre.

Que la Virgen María, como es Madre de la Iglesia, sea también Madre de la «Iglesia doméstica», y gracias a su ayuda materna, cada familia pueda llegar a ser verdaderamente una «pequeña Iglesia», en la que se refleje y reviva el misterio de la Iglesia de Cristo. Sea ella, esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la cruz, la que alivie los sufrimientos, enjuague las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente como en Caná en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza. A él, en el día solemne dedicado a su realeza, pido que cada familia sepa dar generosamente su aportación original para la venida de su Reino al mundo, «Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz» (183) hacia el cual está caminando la historia.

A Cristo, a María y a José encomiendo a cada familia. En sus manos y en su corazón pongo esta exhortación: que ellos os la ofrezcan a vosotros, venerables Hehmanos y amadísimos hijos, y abran vuestros corazones a la luz que el Evangelio irradia sobre cada familia.

Asegurándoos mi constante recuerdo en la plegaria, imparto de todo corazón a todos y cada uno, la Bendición Apostólica, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el día 22 de noviembre, solemnidad de Jesucristo, rey del universo, del año 1981, cuarto de mi pontificado.

«La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y amor. (...) La familia cristiana edifica además el Reino de Dios en la historia mediante esas mismas realidades cotidianas que tocan y distinguen su condición de vida. Es por ello que el amor conyugal y familiar —vivido en su extraordinaria riqueza de valores y exigencias de totalidad, unicidad, fidelidad y fecundidad— es donde se expresa y realiza la participación de la familia cristiana en la misión profética, sacerdotal y real de Jesucristo y de su Iglesia.»

JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Familiaris consortio*

Juan Pablo II y los mártires

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

«La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires: *Sanguis martyrum, semen christianorum* (Tertuliano, Apol. 50,13). Los acontecimientos históricos relacionados con la figura de Constantino el Grande en ningún caso habrían podido garantizar un desarrollo de la Iglesia como el verificado en el primer milenio si no hubiera sido por aquella siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas. Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires.» Estas palabras de Juan Pablo II en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (n. 37) constituyen un testimonio ciertamente revelador de la conciencia y actitud que nuestro recién fallecido Santo Padre mantuvo durante todo su pontificado.

Su pontificado, providencialmente dispuesto por Dios para llevar a la Iglesia al tercer milenio, ha venido marcado por un extraordinario testimonio de Jesucristo y del Evangelio alrededor de todo el mundo. El Papa, profundamente enamorado de aquel que «a cabo de un gran rato, se ha encumbrado sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos, y muerto se ha quedado asido dellos, el pecho de el amor muy lastimado» (san Juan de la Cruz), ha vivido todo su ministerio petrino desde esta perspectiva del amor a Cristo, muerto en cruz y resucitado, dando testimonio hasta su muerte del amor a Dios, a su Iglesia y a todos los hombres. Por ello no creemos equivocarnos al afirmar que Juan Pablo II tuvo siempre una profunda conciencia martirial, poniendo su vida al servicio de Cristo crucificado para ser testigo de fe, esperanza y caridad en él.

Así pues, no es de extrañar la viva atención que Juan Pablo II ha prestado a los mártires, testigos supremos de la verdad de la fe (cfr. CIC, 2473), y de manera muy especial a los mártires del siglo xx, «el siglo de los mártires», más abundantes si cabe que los de los primeros siglos, y de cuya intercesión esperaba el Papa grandes frutos en todo el mundo. «Las persecuciones contra los creyentes –sacerdotes, religiosos y laicos– han constituido una siembra abundante de mártires en distintos lugares del mundo. (...) Es un testimonio que no hay que olvidar.» (*Tertio millennio adveniente*, 37)

Se calcula en 13.400 el número de personas que fallecieron durante el siglo xx testimoniando a Cristo y expandiendo su Evangelio y que constituye una prueba más de la terrible persecución sufrida por la

Iglesia durante el pasado siglo en todo el mundo ya que los mártires no se circunscriben a una zona particular sino que están repartidos en decenas de países, si bien el 70 % pertenecen a países europeos y de la ex Unión Soviética. Consciente el Papa de la importancia de estos testigos de la fe para la vida de la Iglesia en este tercer milenio, apoyó y fomentó la canonización del mayor número posible de esa «militi ignoti», legión de mártires, con frecuencia desconocidos, de la gran causa de Dios, extendiendo los méritos de la santidad a naciones que hasta ahora no la habían conocido, como Seúl (103 mártires), Vietnam (117 mártires) o China (120 mártires). En Europa, los mártires de la Revolución francesa y de la Revolución de Cromwell constituyen el grupo más numeroso, excepción hecha de España que va a la cabeza de tan glorioso desfile de palmas martiriales. De hecho, hasta diez mil españoles han llegado a ser propuestos a Roma por la Iglesia española como mártires.

De todos ellos, Juan Pablo II ha tenido el privilegio de canonizar a 28 y de beatificar a 254 mártires, muertos en el Japón, en Vietnam o, la mayoría, durante la segunda república española y la guerra civil. Frente al número de causas pendientes, en febrero de 2003 y ante el plenario de los obispos españoles, el cardenal y entonces presidente de la Conferencia Episcopal Española, Antonio María Rouco, propuso unificar y agilizar «los procesos de canonización de algunos de los numerosos hermanos y hermanas en la fe que dieron su vida por Cristo en los trágicos acontecimientos de la guerra civil española».

Imitando a Cristo, que da la vida por los que ama, y siguiendo el ejemplo de los recientes mártires cristeros de la persecución religiosa desatada en tierra mexicana (algunos beatificados por Juan Pablo II en 2000) que murieron al grito de ¡Viva Cristo Rey!, nuestros mártires también rubricaron su vida cristiana ejemplar con la entrega total a Dios por el reinado de su Sagrado Corazón. «Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entrelazadas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas. Muchos de ellos gozaban ya en vida de fama de santidad entre sus paisanos. Se puede decir que su conducta ejemplar fue como una preparación para esa confesión suprema de la fe que es el

martirio» (Juan Pablo II, homilía en la misa de beatificación de 233 mártires) y que, como afirma Santo Tomás, es, entre los actos humanos, el más perfecto en su género, como signo de máxima caridad (II-II, q. 124, a. 3).

Como recordaba monseñor Agustín García-Gasco, arzobispo de Valencia, en la misa de acción de gracias por la beatificación de esos mártires: «No son personas de otras épocas, ajenas a nosotros. Aún hay testigos oculares de su vida. Perduran los lazos de sangre y amistad. No son pocos quienes los recuerdan con cariño y devoción. Son rostros y nombres cercanos en el tiempo y en el espacio. Conocemos las casas donde vivieron, las situaciones por las que atravesaron. Guardamos memoria de algunos gestos y palabras suyos. Sabemos por qué les persiguieron y podemos, aún, identificar los lugares donde los apresaron o murieron. Son personas como nosotros; son cristianos como nosotros. De cada uno de ellos recibimos una lección admirable de vida cristiana. El relato de su vida y las circunstancias de su muerte nos emocionan vivamente».

Difícil es decidirse a la hora de escoger alguno de los testimonios recogidos en las actas martiriales de los numerosos mártires beatificados por Juan Pablo II ya que cada una de ellas tiene un matiz o una circunstancia que la hace realmente sublime. Sin embargo, nos parecería incompleta esta reflexión sobre la importancia tan extraordinaria que el Papa ha dado a los mártires si no plasmáramos brevemente alguno de esos actos heroicos que son el ejemplo que el Santo Padre propuso siempre en las diferentes beatificaciones y canonizaciones, que deben ser faro para los cristianos de este tercer milenio en su fidelidad a Cristo en nuestro mundo actual y que constituyen el mayor de los patrimonios espirituales de nuestro país del pasado siglo xx.

Conmover es el ejemplo de Ceferino Jiménez, el *Pelé*. Hombre sumamente honrado, era solicitado por payos y gitanos para solucionar los conflictos que a veces surgían entre ellos por su reconocida prudencia y sabiduría. Piadoso y caritativo, socorría a todos con sus limosnas. Fue un ejemplo de religiosidad: misa diaria, comunión frecuente, rezo cotidiano del santo rosario. Aunque no supo nunca ni leer ni escribir, era amigo de personas cultas y fue admitido como miembro en diversas asociaciones religiosas: Jueves eucarísticos, Adoración nocturna, Conferencias de San Vicente de Paúl y Tercera Orden Franciscana. Le gustaba dedicarse a la catequesis de los niños, a quienes contaba pasajes de la Biblia y les enseñaba las oraciones y el respeto a la naturaleza. Al inicio de la guerra civil española, en los últimos días de julio de 1936, fue detenido por salir en defensa de un sacerdote que arrastraban por las calles de Barbastro para llevarlo a la cárcel,

y por llevar un rosario en el bolsillo. Le ofrecieron la libertad si dejaba de rezar el rosario. Prefirió permanecer en la prisión y afrontar el martirio. En la madrugada del 8 de agosto de 1936, lo fusilaron junto a las tapias del cementerio de Barbastro. Murió con el rosario en la mano, mientras gritaba su fe: «Viva Cristo Rey».

No menos edificante es el testimonio del beato Plácido García Gilabert. Dispersados los religiosos al estallar la guerra, el beato se refugió en casa de los suyos en Benitachell, buscando seguridad entre sus familiares y paisanos. Confiado en esa supuesta seguridad y en la Providencia de Dios, no quería esconderse y hacía vida normal en su pueblo. Advertido por sus familiares del peligro que corría llevando el hábito religioso y no escondiéndose, solía responder: «¿Qué me puede pasar? ¿Que me quiten la vida? ¡La doy gustoso!» Incluso, según sus propias palabras, se ofreció como víctima. Así lo refiere un testigo: «Ante los temores que le manifestó la señora maestra, el siervo de Dios dijo: “La encuentro muy desanimada. No sea así; hemos de recibir del Señor todo lo que él nos mande; recibirlo con alegría. Yo ya me he ofrecido como víctima; no se lo digo por vanagloriarme, sino para que usted se anime. ¿Qué mejor que morir por la causa de Dios?”» Al proponerle su familia la posibilidad de trasladarse a Mallorca por su seguridad, contestó: «No, que luego se vengarán en vosotros; yo soy solo y no hago falta a nadie; vosotros os debéis a vuestras familias. De manera que ni pensar que yo me esconda». A instancias de la familia y para mayor seguridad, se retiró a una casa de campo de su hermano Vicente. Allí vivió «muy sereno y lleno de confianza en la voluntad de Dios» hasta el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, en que, como declaró su hermano Vicente, «serían las tres de la tarde cuando vino al pueblo un camión de milicianos con ametralladoras, procedentes, según se decía, de Jávea y Denia. Estuvieron a buscarlo en una casita de campo de mi propiedad en las afueras del pueblo. Al no encontrarle, los mismos milicianos les acompañaron a la casita de mi hermano Gabriel, más alejada del pueblo, donde el siervo de Dios se encontraba entonces. Y allí fue detenido. Los milicianos preguntaron por un sacerdote. Mi hermano Gabriel dijo que allí no había ningún sacerdote. El siervo de Dios que estaba en el interior, al oír aquellas palabras salió inmediatamente y dijo: «Aquí lo que hay es un fraile y soy yo». Entonces le intimaron a que se fuera con ellos inmediatamente y sin reparo alguno, voluntariamente, el siervo de Dios les siguió... El siervo de Dios fue subido a un camión y paseado por todo el pueblo, para que todos los vecinos se enteraran de su detención, y luego llevado a Denia». Su mismo hermano Vicente cuenta lo que ocurrió el 16

de agosto de 1936 en la carretera de Denia a Jávea, en la partida llamada «La Plana»: «Al amanecer del día siguiente de su detención, el siervo de Dios fue conducido, según oí decir, en el mismo camión, a La Plana de Denia. Los milicianos le invitaron a que se apease y de allí tomase la dirección hacia el pueblo, pues le dijeron que estaba libre y que él ya conocía el camino. Apenas hubo empezado la marcha el siervo de Dios, los milicianos le dispararon unos tiros dejándolo muerto en el acto. (...) Yo mismo vi su cadáver martirizado y herido por las armas de fuego en la espalda y un ojo vacío».

Singular y llamativo por demás es también el caso de las hermanas María Jesús, María Felicidad y María Verónica Masiá Ferragud, clarisas capuchinas de Agullent, y Josefa Masiá Ferragud, agustina descalza, todas ellas asesinadas junto con su anciana madre, María Teresa Ferragud Roig, intrépida mujer de Acción Católica, que tenía 83 años. Ésta fue detenida en compañía de sus cuatro hijas religiosas, que se habían refugiado en su casa y, ocultas en ella, llevaban una vida de oración junto a su madre. El día de Cristo Rey, 25 de octubre de 1936, fue inmolada, juntamente con sus cuatro hijas. Como una valerosa madre de los Macabeos, vio como, una a una, iban confesando a Cristo sus hijas hasta que ella, al final, también fue sacrificada por el gran ideal de la fe. Animó a sus hijas en la hora suprema del

martirio con estas palabras: «Hijas mías, no temáis, esto es un momento y el cielo es para siempre». Cuando los milicianos cogieron a sus cuatro hijas para asesinarla, ella dijo: «Donde van mis hijas, voy yo». Delante de ella fueron cayendo una a una sus cuatro hijas religiosas y, al terminar de asesinarlas, le dijeron los milicianos: «Oye vieja, ¿tu no tienes miedo a la muerte?» Pero ella contestó: «Toda mi vida he querido hacer algo por Jesucristo y ahora no me volveré atrás. Matadme por el mismo motivo que a ellas, por ser cristiana. Donde van mis hijas voy yo». La madre no quiso dejar solas a sus hijas en manos de los verdugos y murió junto con ellas. Desde el primer momento fueron tenidas como mártires en la opinión general del pueblo, ya que fueron asesinadas por ser profundamente religiosas. Juntas fueron al martirio y juntas han sido beatificadas por Juan Pablo II, la madre y sus cuatro hijas.

«Que María, Reina de los mártires, nos ayude a escuchar e imitar a su Hijo. A ella, que acompañó a su divino Hijo durante su existencia terrena y permaneció fiel a los pies de la cruz, le pedimos que nos enseñe a ser fieles a Cristo en todo momento, sin decaer ante las dificultades; nos conceda la misma fuerza con que los mártires confesaron su fe.» (Juan Pablo II, homilía en la misa de beatificación de 233 mártires, 2001).



Los encuentros del papa con los jóvenes

M^a INMACULADA PETIT GRALLA

«Os he buscado. Ahora vosotros habéis venido a verme. Y os doy las gracias». Tales fueron las palabras pronunciadas por Juan Pablo II en su lecho moribundo, como respuesta a las oraciones que los jóvenes le hacían al pie de su habitación en la plaza de San Pedro. Las anteriores palabras eran un eco de estas otras: «Sois la esperanza del Papa, la esperanza de la Iglesia». Dirigidas a los jóvenes fueron pronunciadas tantas y tantas veces por el papa Juan Pablo II como palabras de esperanza para un mundo desesperado.

No se trataba meramente de un slogan, pues con ellas invitó siempre a sus jóvenes a poner a Cristo en el centro de sus vidas, a ser testimonio suyo y a evangelizar según su expresión programática en el discurso del comienzo de su pontificado: «no tengáis miedo». Y aquellas otras dedicadas más especialmente a los jóvenes: «merece la pena dedicarse a la causa de Cristo». Y ellos no sólo escuchaban sus palabras, sino que veían su ejemplo, día a día, de entrega, incluso –de modo particular– su creciente sufrimiento en los últimos años.

La acogida calurosa, espontánea, entusiasta y cariñosa que le dedicaban los jóvenes era el cumplimiento literal de aquellas palabras del consejo evangélico, «dad y se os dará».

«El Papa vio la necesidad de dedicarse a los jóvenes para hacer de ellos evangelizadores de todo el mundo. La carta apostólica que les dirigió en marzo de 1985, fue una meditación sobre el pasaje evangélico del joven rico, reflejando a todos y cada uno de los jóvenes en las palabras del joven del Evangelio, e identificando las palabras de Cristo como la llamada que hace cada día a cada uno de los jóvenes de todo el mundo.

Con motivo del Año internacional de la Juventud de 1985, más de 250.000 jóvenes respondieron a la invitación del Papa para desplazarse el domingo de Ramos a Roma. Una semana después del encuentro, el Papa anunció en el mensaje pascual del 7 de abril la institución de las Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ) con estas palabras fundacionales: «el domingo pasado encontré a centenares de miles de jóvenes y la imagen festiva de su entusiasmo ha quedado profundamente grabada en mi alma. Mi deseo de repetir esta experiencia maravillosa en los años venideros y de crear de esta forma un encuentro internacional de la juventud el domingo de Ramos corresponde a mi convicción de que la juven-

tud se enfrenta a una misión a la vez difícil y fascinante: la de cambiar los mecanismos fundamentales que fomentan el egoísmo y la opresión en las relaciones entre los estados y de sentar nuevas estructuras orientadas hacia la verdad, la solidaridad y la paz».

De esta forma, quedó instaurada la Jornada Mundial de la Juventud que se ha realizado, por norma general, cada dos años en algún lugar determinado del mundo, mientras en los años alternativos se ha celebrado la JMJ diocesana el domingo de Ramos en Roma.

Cada encuentro ha tenido un lema que el Papa anunciaba en un mensaje un año antes aproximadamente del encuentro. El primero fue en Roma, en 1986 y los internacionales que le siguieron fueron los siguientes:

II JMJ 1987 Buenos Aires. 1.000.000 de jóvenes. «Hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4, 16)

IV JMJ 1989 Santiago de Compostela. 600.000 jóvenes. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6)

VI JMJ 1991 Czestochowa. 1.500.000 jóvenes. «Habéis recibido un espíritu de hijos» (Rm 8, 15)

VIII JMJ 1993 Denver. 500.000 jóvenes. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10)

X JMJ 1995 Manila. 4.000.000 de jóvenes (la más multitudinaria). «Como el Padre me envió, yo también os envío» (Jn 20, 21)

XII JMJ 1997 París. 1.000.000 de jóvenes. «Maestro ¿dónde vives? Venid y veréis» (Jn 1, 38-39)

XV JMJ 2000 Roma. Jubileo de los Jóvenes. 2.000.000 de jóvenes. «La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14)

XVII JMJ 2002 Toronto. 800.000 jóvenes. «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13-14)

XX JMJ 2005 Colonia. Pese a que el Santo Padre Juan Pablo II ya no acudirá a más encuentros con los jóvenes, dejó en 2004 el mensaje para este nuevo encuentro «Hemos venido a adorarlo» (Mt 2, 2)

Todos estos encuentros han sido importantísimos para la fe de muchos jóvenes del mundo que acudían con amigos para vivir una experiencia diferente y veían cómo, casi sin pretenderlo, tenían el

encuentro con Cristo, el encuentro definitivo que reconducía sus vidas. El ejemplo del Papa y el ejemplo de tantísimos jóvenes de diferentes países reunidos por Cristo vivo, ayudaron a reavivar la fe, a plantearse una vocación o a dedicarse ya definitivamente a la causa de Cristo. Las palabras de ánimo, de cariño y de esperanza del Santo Padre llegaban a todos y cada uno de los presentes cambiando sus corazones, volviéndoles dóciles al Señor.

El mismo Papa, con motivo del seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud en 1996, habló de la importancia de estas jornadas:

«La finalidad principal de las Jornadas es la de colocar a Jesucristo en el centro de la fe y de la vida de cada joven, para que sea el punto de referencia constante y la luz verdadera de cada iniciativa y de toda tarea educativa de las nuevas generaciones. (...) Son acontecimientos providenciales, ocasiones para que los jóvenes profesen y proclamen cada vez con más alegría su fe en Cristo. (...) Los distintos momentos de que consta una Jornada Mundial constituyen en su globalidad una forma de vasta catequesis, un anuncio del camino de conversión a Cristo, a partir de la experiencia y de los interrogantes profundos de la vida cotidiana de los destinatarios. La Palabra de Dios es el centro, la reflexión catequética el instrumento, la oración el alimento, la comunicación y el diálogo el estilo. (...) Durante los inolvidables Encuentros Mundiales, frecuentemente me ha impresionado el amor alegre y espontáneo de los jóvenes hacia Dios y hacia la Iglesia. Han contado historias de sufrimiento por el Evangelio, de obstáculos aparentemente infranqueables superados con la ayuda divina; han hablado de su angustia frente a un mundo atormentado por la desesperación, el cinismo y los conflictos. Después de cada encuentro, he sentido más vivo el deseo de alabar a Dios que revela a los jóvenes los secretos de su Reino (cfr. Mt 11, 25)».

Pero las Jornadas Mundiales de la Juventud no eran la única conexión del Papa con sus queridos jóvenes. En cada viaje apostólico se reunía con ellos para hacer una vigilia, para hablarles, para animarles a seguir adelante. El último viaje apostólico que realizó Juan Pablo II a España, en mayo de 2003, con motivo de la canonización de Pedro Poveda Castroverde, José María Rubio y Peralta, Genoveva Torres Morales, Ángela de la Cruz Guerrero González y María Maravillas de Jesús Pidal y Chico de Guzmán, se reunió con los jóvenes el día antes, el 3 de mayo, en la base aérea de Cuatro Vientos, Madrid. Sólo empezar el saludo ya conmovió a todos los allí presentes: «¡Os saludo con cariño, jó-

venes de Madrid y de España! Estoy profundamente emocionado por vuestra calurosa y cordial acogida. Os confieso que deseaba mucho este encuentro con vosotros». Estas palabras nos recuerdan las que pronunció Cristo en la Última Cena con sus discípulos «cuánto he deseado comer esta Pascua con vosotros». De alguna manera el Papa sabía que era la última vez que estaría en España, con aquellos jóvenes, y les dejó un gran legado. En su discurso dejó la consigna para seguir a Cristo. Invitó primero a los jóvenes «a formar parte de la escuela de la Virgen María. Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a no separar nunca la acción de la contemplación». Después alentaba a la juventud española a «vencer la enemistad con la fuerza del perdón, (...), ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo». También pedía confianza y valentía para acudir al encuentro con Cristo: «¡no tengáis miedo de hablar de Jesús! Pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino. Es preciso que vosotros, jóvenes, os convirtáis en apóstoles de vuestros coetáneos. Sé muy bien que esto no es fácil, pero no os desaniméis, porque no estáis solos: el Señor nunca dejará de acompañaros, con su gracia y el don de su Espíritu.» Y ya por último pedía la generosidad a los jóvenes para hacer la voluntad de Dios:

«Deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: «¡Sígueme!» (Mc 2, 14; Lc 5, 27), no la acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida. (...) os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!».

Al final del encuentro, el Papa invocó a María con una oración por los jóvenes españoles —con las que terminamos esta breve recensión de los inolvidables encuentros del Papa con los jóvenes de todo el mundo—: «¡Dios te salve, María, llena de gracia! Esta noche te pido por los jóvenes de España, jóvenes llenos de sueños y esperanzas. Ellos son los centinelas del mañana, el pueblo de las bienaventuranzas; son la esperanza viva de la Iglesia y del Papa. Santa María, Madre de los jóvenes, intercede para que sean testigos de Cristo Resucitado, apóstoles humildes y valientes del tercer milenio, heraldos generosos del Evangelio. Santa María, Virgen Inmaculada, reza con nosotros, reza por nosotros. Amén.»

CONTRAPORTADA

Último «Regina cæli» de Juan Pablo II

Al término de la solemne celebración eucarística en sufragio de S.S. Juan Pablo II, presidida por el eminentísimo cardenal Angelo Sodano, el sustituto de la Secretaría de Estado, arzobispo Leonardo Sandri, antes del rezo del Regina Caeli, dio lectura a un texto que el Santo Padre había precedentemente preparado con ocasión de la solemnidad de la Divina Misericordia que se celebra el segundo domingo de Pascua.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Resuena también hoy el gozoso Aleluya de Pascua. La página del Evangelio de hoy de Juan subraya que el Resucitado, la noche de ese día, se apareció a los apóstoles y «les mostró las manos y el costado» (Juan 20, 20), es decir, los signos de la dolorosa pasión impresos de manera indeleble en su cuerpo también después de la resurrección. Aquellas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios que «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Juan 3, 16).

Este misterio de amor está en el corazón de la liturgia de hoy, domingo «in Albis», dedicado al culto de la Divina Misericordia.

2. A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

3. La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!